

## LOS MODELOS CABALLERESCOS DEL «ZIFAR»

*A Juan Manuel Cacho Blecua.*

Es fácil de admitir que el *Zifar* sea el primer *romance* de materia caballeresca hispánica <sup>1</sup>, puesto que el marco de fechas en que se engasta la promoción y recepción de este texto le conceden, sin lugar a dudas, el carácter de pieza inaugural de la prosa de ficción de los siglos medios; ahora bien, no se ha aprovechado esta circunstancia para engastarlo en el marco cultural que lo crea. Tanto las alusiones internas en sus dos prólogos como las referencias a personajes y a situaciones históricas permiten situar la producción del libro en un arco de años que cubre el reinado de Fernando IV y la minoridad de Alfonso XI, es decir, en el ámbito cortesano vinculado directamente al pensamiento político y a la ideología cultural que la reina doña María de Molina logró construir, a partir de 1290, con el apoyo decisivo de la escuela catedralicia de Toledo <sup>2</sup>; desde hace apenas un decenio se viene insistiendo en la función esencial que desempeñó el, con justicia, llamado «molinismo» en el

---

<sup>1</sup> Ver, al respecto, el análisis que planteé en *La prosa del siglo XIV*, Madrid, Júcar, 1994, págs. 166-189; se trata de conceptos que han sido revisados y de un análisis profundamente ampliado ahora en § 7.3.3.1, *El Libro del caballero Zifar*, en *Historia de la prosa medieval castellana II*, Madrid, Cátedra, 1999 ( en prensa).

<sup>2</sup> Hitos importantes de este análisis fueron los trabajos de F. J. HERNÁNDEZ, *Ferrán Martínez, «escrivano del rey», canónigo de Toledo, y autor del «Libro del cavallero Zifar»*, en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 81 (1978), págs. 289-325, más *Noticias sobre Jofré de Loaisa y Ferrán Martínez*, en *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, 4 (1979-1980), págs. 281-309; son aspectos que deben complementarse con GERMÁN ORDUNA, *La élite intelectual de la escuela catedralicia de Toledo y la literatura de la época de Sancho IV*, en *La literatura en la época de Sancho IV*, eds. C. ALVAR y J. M. LUCÍA MEGÍAS, Alcalá, Universidad, 1996, págs. 53-62.

trazado de las directrices por las que se va a guiar no sólo la vida de la corte castellana, sino de manera especial la construcción de un entramado literario que ayudará a la fijación y posterior propagación de estas nuevas claves doctrinales <sup>3</sup>.

#### 1. EL MARCO HISTÓRICO: HACIA EL DOMINIO DE LA FICCIÓN

Arropado por estos planteamientos, puede ser más sencillo comprender por qué hay que esperar a los últimos años del s. XIII, primeros decenios del s. XIV, para que se desenvuelva la trama de la ficción caballerescas en prosa y que, precisamente, el primer testimonio de este grupo de obras lo constituya el *Zifar*. La respuesta parece evidente: hasta ese momento la materia caballerescas se había desarrollado en verso (bien a través del discurso de la épica, bien del de la clerecía) y había comenzado a fijar imágenes y a desarrollar núcleos narrativos en textos prosísticos de orientación temática más amplia: la historiografía (primero latina, luego vernácula), los tratados sapienciales, los libros de leyes de modo especial, ya que la primera codificación del pensamiento caballeresco se alberga en el título XXI de la *Partida II* <sup>4</sup>; a partir de ese momento, la caballería pasa de ser un oficio a convertirse en un estado y a requerir una trama de valores que dé sentido a una ideología que justifique las acciones y los comportamientos de sus miembros <sup>5</sup>.

Esta última idea es capital porque el *Zifar* es un libro que se promueve para analizar las relaciones que deben mantener los poderes aristocrático y regalista; de hecho, desde el reinado de Alfonso VIII la producción literaria no persigue otro objetivo; se

<sup>3</sup> Para los conceptos básicos de este nuevo orden de creación literaria, ver F. GÓMEZ REDONDO, 5.1: *La escuela catedralicia y el molinismo*, en *Historia de la prosa medieval castellana I (La creación del discurso prosístico: el entramado cortesano)*, Madrid, Cátedra, 1998, págs. 856-959.

<sup>4</sup> Este proceso, con las implicaciones que afectan a la evolución de las líneas literarias del siglo XIII, lo he planteado en *La materia caballerescas: líneas de formación*, en *Libros de caballerías I*, Madrid, Arco Libros [*Voz y Letra*, 7:1 (1996)], págs. 45-80; lo propio ha hecho JESÚS RODRÍGUEZ VELASCO, *Para una periodización de las ideas sobre la caballería en Castilla (ca. 1250-1500)*, en *Actas VI Congreso Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, ed. de J. M. LUCÍA MEGÍAS, Alcalá, Universidad, 1997, II, págs. 1335-1346.

<sup>5</sup> Ver JESÚS D. RODRÍGUEZ VELASCO, *De oficio a estado: la caballería entre el Espéculo y las Siete Partidas*, en *Cahiers de Linguistique Hispanique Médiévale*, 18-19 (1993-1994), págs. 49-77.

trata, también, de una de las mayores preocupaciones del reinado de Sancho IV, heredada del período anterior; Alfonso X había fracasado en su empeño de conciliar a los grandes linajes nobiliarios con su proyecto cultural y político<sup>6</sup>; su hijo se apoyó, precisamente, en ese descontento para atraer a su causa a los principales nobles (incluyendo a varios infantes: tíos y hermanos), que poco tardarán en dar muestras de rivalidad y en promover enfrentamientos entre sí por ocupar cargos y oficios cortesanos; en este contexto, la pugna entre los Haro y los Lara se recrudece hasta extremos insospechados; el magnicidio de Alfaro (junio de 1288) no mejora las cosas: que el rey llegara a matar, con su propia mano, al todopoderoso D. Diego López de Haro (del que se decía «emaginado»<sup>7</sup>) y casi a su hermano el infante don Juan, supone un acto de extrema gravedad que aumenta la distancia entre el ámbito de la corte y estos clanes aristocráticos, en los que la sospecha y el recelo por la actuación, en ocasiones desmedida, de la nobleza serán ya constantes.

Por ello, la reina doña María, apoyada en el entorno de la escuela catedralicia de Toledo, a partir de 1290, comenzará a urdir un tejido cultural con el que envolver la figura del rey y poder convertir a la corte en un marco de relaciones sociales y humanas, en las que el concepto de la nobleza jugara un papel determinante. La tarea no era fácil: por una parte, había que corregir las excesivas incursiones en el «saber» protagonizadas por Alfonso; devolver la ciencia al dominio de la teología y difundir un aristotelismo ortodoxo fue una de las preocupaciones esenciales de los clérigos toledanos: el *Lucidario* se ordena con este propósito; junto a ello, había que definir unas pautas de comportamiento, que debían girar básicamente sobre el valor del consejo: don Pero Gómez de Barroso da sentido

<sup>6</sup> Por ello, aunque el Rey Sabio dispusiera de los medios necesarios («talleres historiográficos», «auctores», libros, marcos cortesanos) no tenía la menor intención de instigar una producción literaria en la que se fijaran las claves esenciales de un poder que, en cualquier proyecto y ocasión, le era continuamente hostil; de ahí que la *Partida II*, en el fondo de su articulado, suponga una claudicación del pensamiento regalista que Alfonso definiera en el *Espéculo*, como he propuesto en el análisis de esta pieza jurídica en *Historia de la prosa medieval castellana I*, págs. 536-570.

<sup>7</sup> Ver *Cap. VIII. La tragedia de Alfaro*, en la incombustible monografía de D<sup>a</sup> MERCEDES GAIBROIS DE BALLESTEROS, *Historia del reinado de Sancho IV de Castilla*, Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1922, I, págs. 176-204.

a estas formulaciones, que permiten, además, culminar la traducción de uno de los más importantes tratados de pensamiento social, el *Libro del tesoro*; incluso había que crear una figura regia investida con nuevos valores morales y religiosos, para encauzar todo este desarrollo conceptual: tal es el cometido que cumplen los *Castigos de Sancho IV*, la pieza maestra de la ideología molinista; todo el esfuerzo de la reina doña María converge en ese deseo de construir la imagen de un rey cristológico, garante de un riguroso orden moral y de una esperanzadora promesa de expansión religiosa (por ello, se construyen en este reinado la *Gran Conquista de Ultramar* o el *Barlaam*).

Sin embargo, la muerte del rey en 1295 hace peligrar todo este proceso de afirmación política y doctrinal que constituye el molinismo. Para mantenerlo se escribe el *Zifar*; si el principal de los problemas seguía siendo el de la integración de la nobleza en la corte, la línea fundamental de articulación de esta obra consistirá en la construcción de un modelo caballeresco, asentado en los principios esenciales de la ideología molinista. Por ello, es necesario aguardar hasta estos años finales del s. XIII para que se desarrolle la ficción en prosa, con la finalidad de propagar un determinado código de valores; antes no era necesario; las cortes de Alfonso X y de Sancho IV poseían los suficientes esquemas conceptuales —las leyes, la historia, los libros de sentencias— como para no necesitar del «espejo» que constituye la ficción; no sucede así en la minoridad de Fernando IV, y menos aún en su breve reinado y en la turbulenta minoridad de Alfonso XI; esos son los años en los que procede llevarse al interior de la ficción las pautas de comportamiento y los sistemas de valores que antes se encontraban en el marco de la realidad externa: bien en los «regimientos de príncipes», bien en los tratados sapienciales <sup>8</sup>.

---

<sup>8</sup> Ver MARTA HARO, *La imagen del poder real a través de los compendios de castigos castellanos del siglo XIII*, Londres, Department of Hispanic Studies - Queen Mary and Westfield College, 1996, con la unidad que plantea entre estas obras: "Precisamente para preparar a los monarcas en el recto uso de sus atribuciones se compusieron a lo largo de la Edad Media un buen número de compendios de castigos destinados a instruir al futuro soberano, tanto en el ámbito socio-político como en el ético-cívico: los *specula principum*", pág. 9.

Este aspecto es fundamental porque permite comprender el propio proceso de construcción de una obra que obedece a una de las premisas que se enuncian en su prólogo: la «enmienda textual»<sup>9</sup>, un rasgo que no se refiere sólo al plano del estilo, sino al de un contenido que puede modificarse o ampliarse en función de las expectativas que el grupo receptor sea capaz de concretar (unidas siempre, claro es, a cambios sociales o a determinados problemas históricos).

Esto significa que el *Zifar*, en el estado actual en que lo conservan los dos manuscritos y el impreso de 1512, es en realidad un producto de llegada, fruto de una serie de reelaboraciones que van cuajando en unas *estorias* cuyo cometido no es otro que el de definir y defender un modelo de relaciones caballerescas, que sufre una serie de cambios, pero que responde a unos mismos dictados. En ocasiones se ha negado que el *Zifar* sea consecuencia de ampliaciones textuales por la clara unidad de pensamiento que denota<sup>10</sup>, pero una circunstancia no niega la otra, máxime si se piensa que todas las líneas argumentales que hoy constituyen el libro surgen del mismo centro de producción, de ese entorno catedralicio, fuera

<sup>9</sup> Como tal, resulta uno de los principios básicos del «molinismo» inspirado en la escuela catedralicia toledana y con el que se quiere corregir uno de los cauces de configuración de la obra alfonsí; por ello, el «saber» se define ahora como una estructura abierta y no cerrada, de donde estas premisas enunciadas en el primero de los prólogos: 1. «esta obra es fecha so emienda de aquellos que la quiesieren emendar», ed. JML, 20; ed. CG, 71; 2. la recomendación de la enmienda con razones escriturarias: «E çertas dévenlo fazer los que quisieren e la sopieren emendar si quier', porque dize la escriptura...», *id.*; 3. el valor de la enmienda: «E otrosí mucho deve plazer a quien la cosa comiença a fazer que la emienden todos cuantos la quiesieren emendar e sopieren; ca quanto más es la cosa emendada, tanto más es loada», ed. JML, 21; ed. CG, 71. Con ed. JML, indico la edición crítica que, como tesis doctoral, preparara José Manuel Lucía Megías (Alcalá de Henares, 1993) y que es el único texto fiable para poder acercarse al hipotético original que custodian *M* (BNM, 11309), *P* (BNP, Esp 36) y los dos impresos de 1512; este brillante trabajo de crítica textual será la base de la edición que Juan Manuel Cacho Blecua y el propio J. M. Lucía preparan para Barcelona, Crítica («Páginas de Biblioteca Clásica»). Con ed. CG, en fin, señalo la re-publicación de la edición de Wagner (1929), anotada por CRISTINA GONZÁLEZ, Madrid, Cátedra, 1982. Para los aspectos formales y teóricos del prólogo, ver F. GÓMEZ REDONDO, *El prólogo del Cifar: realidad, ficción y poética*, en *Revista de Filología Española*, 61 (1981), págs. 85-112; para «enmendar», págs. 101-103.

<sup>10</sup> Ver JUAN MANUEL CACHO BLECUA, *Los problemas del Zifar*, en *Libro del caballero Zifar. Códice de París. Estudios*, dir. de F. RICO, ed. de R. Ramos, Barcelona, Manuel Moleiro, 1996, págs. 55-94, en concreto, pág. 60.

o no Ferrán Martínez el responsable directo de la configuración (e incluso posterior ampliación <sup>11</sup>) de la obra. Lo que ocurre es que el público del *Zifar* no es siempre el mismo, ni tampoco el ámbito cortesano en el que se desea interferir; esta es la causa de la red de ampliaciones que la obra conoce: en el libro todos los personajes obedecen a un mismo pensamiento, emplean casi las mismas palabras, pero se dirigen a oyentes distintos a los que no se puede envolver en la trama de ficción de similar manera.

## 2. LOS MODELOS CABALLERESCOS Y LA AMPLIFICACIÓN TEXTUAL

Que el *Zifar* haya sido fruto de, al menos, dos importantes ampliaciones <sup>12</sup> lo demuestra la pretensión de construir dos modelos caballerescos que, como se ha afirmado, no son opuestos, sino complementarios, ya que obedecen a similares patrones ideológicos. Se trata de transmitir la misma serie de valores esenciales a públicos que comparten (o a los que se quiere imponer) un mismo ámbito cortesano y a los que distinguen, de modo sustancial, gustos y aficiones culturales. Por ello, la red de ideas temáticas con que se rodea la primera trama de peripecias caballerescas vuelve a repetirse en la línea de aventuras dedicadas a los hijos. Las diferencias que existen entre el mundo de Zifar y de Grima y el que han de ocupar Garfín y Roboán no son muchas, pero sí suficientes para demostrar ese proceso de adaptación con que el molinismo quiere seguir influyendo más allá de la propia circunstancia temporal de la que surgió.

Como hipótesis de trabajo, y a fin de distinguir la operatividad de los modelos caballerescos que se suceden en la formación del *Zifar*, es factible señalar en el libro las siguientes etapas:

---

<sup>11</sup> Al menos hasta el año de su muerte ocurrida entre 1310 y abril de 1313, como ha puesto de manifiesto F. J. HERNÁNDEZ, *Ferrán Martínez, «escrivano del rey»*, art. cit., pág. 289.

<sup>12</sup> De hecho son tres, pero la segunda y la tercera se hallan muy próximas en la intencionalidad y, por tanto, deben compartir un mismo público.

CONTEXTO HISTÓRICO	CONTENIDO TEXTUAL	MODELO CABALLERESCO
1295-1301: minoridad de Fernando IV	<i>Estorias</i> de Zifar y de Grima Prólogos <i>Castigos del rey de Mentón</i>	Cortesía nobiliaria: caballería espiritual.
1301-1312: reinado de Fernando IV	<i>Estorias</i> de Garfín y de Roboán.	Caballería cortesana: afirmación política.
1312-1321(25): minoridad de Alfonso XI	<i>Estoria</i> de Roboán	Cortesía caballeresca: expansión territorial.

En el fondo, aunque puedan distinguirse tres niveles de contenido textual, se trata de dos impulsos de construcción ideológica diferente que, como se ha advertido, logran sostener una notable coherencia en el desarrollo argumental <sup>13</sup>: el mantenimiento de las virtudes caballerescas le permite a Zifar ser coronado rey de Mentón, del mismo modo que el infante don Sancho lo fuera de Castilla en virtud del apoyo que le concedieran la nobleza y la alta clerecía del reino, dadas las cualidades que el segundogénito de Alfonso apuntaba <sup>14</sup>; por ello, frente a la «clerecía cortesana» que preconizaba Alfonso <sup>15</sup>, Sancho se apoyará en un modelo de convivencia radicalmente contrario, aunque sus dos principales líneas de formación se encuentren en las *Partidas* <sup>16</sup>; de hecho, el *Zifar* en su primer impulso de redacción anuda varios conceptos esenciales

<sup>13</sup> A pesar de algunas incongruencias narrativas que revelan la dificultad de encajar todas las piezas al integrar, ya en la fase de formación del «libro», el conjunto de *estorias* de que consta. Y es que hay que darse cuenta de que el *Zifar* es un «libro» (que comporta un proceso de escritura y de entramado textual: tal es la función que desarrolla el «trasladador») en el que se reúnen *estorias* que, en un principio, no tuvieron que producirse para ser guardadas por escrito, sino para ser leídas ante un auditorio.

<sup>14</sup> Pueden, ahora, entenderse las críticas que se formulan contra el modelo cultural pergeñado por el Rey Sabio; que se afirme en el prólogo la primacía del «seso natural» frente al concepto de «ciencia» o que se planteen «excmpos» en que se señalan los errores de la política económica de un cierto emperador de Armenia (para el análisis de esta trama, ver F. J. HERNÁNDEZ, *Ferrán Martínez, «escrivano del rey», art. cit., págs. 291-295*).

<sup>15</sup> Término que he propuesto en *Historia de la prosa medieval castellana I, ob. cit., págs. 423-852*.

<sup>16</sup> Este aspecto vuelve a demostrar lo ya señalado: la elaboración de este *corpus* jurídico representa una clara renuncia de Alfonso a las líneas maestras del pensamiento que él había definido en el *Espéculo*.

de la *Partida I* con los principios básicos con que, en la *Partida II*, se define el poder regalista (Títulos II-XI) y el estamento de la caballería (no sólo el Título XXI, sino toda esa serie de referencias conectadas al arte de la guerra que se expone en los siguientes títulos). Las *estorias* de Zifar y de Grima cumplen ese difícil objetivo de tornar compatibles los valores espirituales con los móviles de la actuación caballeresca. Tal idea tuvo que ser impulsada directamente por la reina doña María, ya que acuerda con el patrón de conducta que concibiera para reconstruir la imagen del propio Sancho IV: los *Castigos* que dicta este rey a su hijo don Fernando no persiguen otra finalidad que la de construir una voz que, salida del mismo centro de la corte, pudiera hacer extensivas unas líneas de pensamiento religioso, doctrinal y político (por este orden).

### 3. LA CORTESÍA NOBILIARIA Y LA CABALLERÍA ESPIRITUAL

El modelo caballeresco que representan Zifar y Grima (es decir, Sancho IV y doña María) se ajusta a los principios definidos en el prólogo y convertidos, de inmediato, en pautas de conducta a las que han de obedecer los personajes; son claramente perceptibles en el, hoy, segundo prólogo de la obra en el que se dibuja un ámbito de acción caballeresca, coincidente con los valores del marco de producción letrada, descrito en el primero de los prefacios. Se trata de impulsar tres principios fundamentales:

E pero que la obra sea muy luenga e de trabajo, non deve desesperar de lo non poder acabar, por ningunos enbargos que-l' acaescan; ca aquel Dios verdadero e mantenedor de todas las cosas, el qual onbre de buen seso natural antepuso en la su obra, á le dar çima aquella que-l' conviene; así como contesçió a un cavallero de las Indias do andido predicando sant Bartolomé apóstol, después de la muerte de Nuestro Salvador Jhesu Christo, ed. JML, 22; ed. CG, 72.

Los personajes van a adecuar su acción a estos conceptos: 1) no desesperarán de acabar una obra «muy luenga e de trabajo», 2) antepondrán a Dios sobre todas las cosas y 3) se dejarán guiar por el «seso natural» para acometer cualquier empresa; son tres principios que se incardinan en las líneas de actuación caballeresca con que, enseguida, se define al caballero Zifar.



E por ende es dicho este libro del Cavallero de Dios, el qual cavallero era conplido de buen seso natural e de esforçar, de justiçia, e de buen consejo e de buena verdat, comoquier que la fortuna era contra él en lo traer a pobredat, pero que nunca desesperó de la merçed de Dios, teniendo que Él le podría mudar aquella fortuna fuerte en mejor, así como lo fizo, segunt agora oiredes, *Id.*

El orden de los términos es el pretendido: el «seso natural» ha de ser el soporte del «esfuerzo caballeresco», del mismo modo que la «justiçia» se vincula a las acciones de impartir «buen consejo» y de saber guiarse por la «buena verdat»; las referencias a la acción militar o a los hechos de armas aquí no aparecen; vendrán dadas por añadidura, como consecuencia resultante de estas virtudes internas, de estas líneas de comportamiento, tal y como se indica en la ampliación que de estos rasgos se ofrece nada más abrirse la trama narrativa, proponiendo una especial unidad entre *fortitudo* y *sapientia*:

Dize el cuento que este cavallero Zifar [rasgos de actuación externa:] fue buen cavallero de armas e de muy sano consejo a quien gelo demandava, e de grant justiçia quando le acomendavan alguna cosa do la oviese de fazer, [elementos de valoración interna:] de grant esfuerço, non se mudando nin orgulliesçiendo por las buenas andanças de armas quando le acaesçían, nin desesperando por las desaventuras fuertes quando le sobrevenían, [pautas de comportamiento:] e sienpre dezía verdat e non mentira quando alguna demanda le fazían, e esto fazía con buen seso natural que Dios posiera en él, ed. JML, 25; ed. CG, 75.

### 3.1. acción caballeresca y poder regalista

Esta perfección caballeresca de que se inviste a Zifar se traza con el propósito de analizar (desde el ámbito de la ficción) no sólo la vida de la corte, sino también la conducta de los reyes y de plantear cuáles han de ser las relaciones entre aristocracia y realeza. Por ello, el primero de los monarcas que aparece en el libro merece graves reconvenciones por parte del recitador; ha hecho caso a los encizañadores y ha apartado de la corte a Zifar, a pesar de los magníficos servicios que, en la guerra y en la paz, este caballero le prestaba; el rey lo ha expulsado y ha quedado atrapado por su palabra:

Çertas, vergüença e mayor mengua es en querer guardar el prometimiento dañoso e con desonra, que en lo revocar; ca si razón es e derecho que

aquello que fue establecido antiguamente sin razón que sea emendado, caxtando primeramente la razón onde nasció e fazer ley derecha para las otras cosas que han de venir, razón es que el yerro que nuevamente es fecho, que sea luego emendado por aquel que lo fizo, ca palabra es de los sabios que non deve aver vergüença de revocar su yerro aquel que es puesto en la tierra para emendar los yerros ajenos que los otros fazen, ed. JML, 28-29; ed. CG, 78.

La conducta de Zifar sirve de telón de fondo para enjuiciar estos desmedidos comportamientos; la corte por mezquinas insidias, había alejado de sí al mejor de sus caballeros; el declive de sus valores y las derrotas en las guerras se suceden; el poder del rey pierde todo su sentido sin los principios caballerescos en que ha de sostenerse.

Distinto es el caso del señor de Fesán, el sitiador de Galapia; tras ser vencido por Zifar, reconoce los defectos caballerescos que le habían impulsado a mover esa guerra injusta; sabe que por ello ha sido derrotado, pero que, a la vez, el fracaso en esta acción militar se corresponde con una victoria en el orden moral; los oyentes han de apreciar el modo en que utiliza el «entendimiento» para interpretar, ante los miembros de su clan, la muerte del sobrino, la captura del hijo y sus propias heridas:

«¡Bendito sea Dios» dixo el Señor [de la hueste], «pues que bivo es mio fijo e sano! E amigos e parientes, quiérovos dezir una cosa: que si el sobrino me mataron en este logar, e el mio fijo tienen preso e a mí ferieron, creo que Dios que quiere ayudar a ellos e enpeçer a nós; ca yo tengo a la dueña tuerto grande e he fecho muchos males en este logar, ella non lo mereçiendo, por que ha mester que conoscamos nuestro yerro e nos repintamos d'él, e fagamos a Dios e a la dueña emienda, ca si non bien creo que Dios nos lo querrá acaloñar más caramente», ed. JML, 88; ed. CG, 116-117.

Esta es la conducta que el molinismo quiere promover entre la aristocracia; se predica una suerte de «conocimiento religioso» que debe permitir discernir si los actos cometidos son o no injustos y el modo en que pueden rectificarse. No se trata de imponer a estos nobles unos códigos jurídicos, como quería Alfonso, sino de recordar la necesidad de anteponer a Dios a cualquier hecho y acción como medio de enjuiciar los propios comportamientos.

Gracias a Zifar este noble podrá salvar su alma; ha logrado recuperar el equilibrio entre su condición estamental y las acciones

que debe realizar; así lo va a señalar a uno de sus vasallos (un «onbre bueno de Dios e de buen consejo», ed. JML, 88; ed. CG, 117) cuando le recomienda promover la paz y firmar treguas con la señora de Galapia, con uno de los argumentos que este entorno cultural quería transmitir con esta trama de hechos:

«E yo vos só fiador sobre la mi cabeça que Dios vos ayudará en todas aquellas cosas que començardes con derecho, así como ayuda a esta dueña contra vós, e acabarlas hedes a vuestra voluntad», *Id.*

La respuesta del señor de Fesán se dirige, sobre todo, a valorar el «buen consejo» que acaba de recibir:

«Çertas, mio vasallo bueno e leal», dixo el Señor de la hueste, «plázeme con lo que dezides, ca me consejades muy bien, a onra e a pro del cuerpo e del alma», *Id.*

El hecho de alcanzar esta armónica relación entre «cuerpo» (obligaciones estamentales) y «alma» (valores religiosos) será luego obsesión fundamental de don Juan Manuel; ello sólo demuestra que este noble ha sido formado en el modelo de convivencia construido por doña María y que, en pura lógica, ha hecho suyas las premisas sustanciales de ese pensamiento, al que va a ajustar, una a una, todas sus ambiciones y, también, sus remordimientos.

El señor de Fesán recupera, por tanto, una dignidad caballesca desde la que firma paces con esa segunda Grima o señora de Galapia; es importante esta circunstancia, porque este noble (recuperado a la verdadera aristocracia) va a sostener con Zifar una de las más importantes discusiones sobre el valor de la caballería y el servicio que debe prestar al entramado cortesano. El señor de la hueste, tras alabar la destreza de las armas de Zifar, se entera de la fuerte ventura que lo acosa; ha transcurrido el plazo de diez días y el caballo en que montaba Zifar muere:

«E ¿qué es esto?», dixo el Señor de la hueste. «Esto es lo que suele ser sienpre en mí» dixo el cavallero Zifar, «ca tal ventura me quiso Dios dar que nunca de diez días arriba me dura cavallo nin bestia que yo aya e por eso ando así tan apremiado de pobre». «Çertas», dixo el señor de la hueste, «fuerte ventura es para cavallero, mas tanto vos faría que si por bien toviédeses, que vos conpliría de cavallos e de armas e de las otras cosas que menester ayades, si aquí quisierdes fincar», ed. JML., 111; ed. CG, 133.

El señor de Fesán no es como aquel rey de Indias; él sí está

dispuesto a asumir las «costas» que implica la fatídica muerte de las monturas; sin embargo, Zifar no puede aceptar este ofrecimiento, porque supondría una anulación de su ser caballeresco, al no poder cumplir las funciones que de él se esperan:

«Muchas gracias», dixo el cavallero Zifar, «e non me querades, ca vos sería muy grant costa e a vós non conpliría mucho la mi fincada; ca, ¡loado sea Dios!, non avedes guerra en esta vuestra tierra». «E ¿cómo», dixo el Señor de la hueste, «el cavallero non es para ál si non para guerra?». «Sí», dixo el cavallero Zifar, «para ser bien acostrunbrado e para dar buen consejo en fecho de armas e en otras cosas cuando acaesçieren; ca las armas non tienen pro al onbre si ante non ha buen consejo de cómo oviese de usar d'ellas», *Id.*

Zifar conoce muy bien las obligaciones del estamento a que pertenece: el *auxilium* ha de ser la base del *consilium*; la defensa de la tierra ha de constituir la tarea esencial a la que se dedique el esfuerzo caballeresco; sólo después cabe pensar en la afirmación de la paz o en la preparación de la guerra a través de los «buenos consejos».

### 3.2. La caballería como purificación interior

La muerte de la montura le ha marcado a Zifar la necesidad de seguir su camino. Como es sabido, se trata de una de las circunstancias más singulares de esta primera trama: la «pobredat» de Zifar y de Grima se debe a esta grave «fortuna», a este «enbargo» al que el caballero tendrá que enfrentarse hasta cambiarlo de sentido; es importante, con todo, advertir que la muerte de los caballos no ha de interpretarse sólo como consecuencia de la maldición que pesa sobre el linaje de Zifar, sino también como oculto designio de la voluntad de Dios<sup>17</sup>: para recuperar la dignidad real, Zifar tendrá que atravesar un complejo proceso de transformación interior, de ascesis purificadora, casi hagiográfica; tendrá que sufrir la pérdida de su

---

<sup>17</sup> Con razón Antonio M. Contreras señala: "El autor del *Libro del Cavallero Zifar* recoge en parte el valor y el significado de este motivo (generar pobreza), pero le añade y dota de un nuevo sentido, transformándolo en un hecho maravilloso que adquiere dimensiones míticas". Ver *La muerte de los caballos en el Libro del caballero Zifar*, en *Actas III Congreso AHLM*, Salamanca, Universidad, 1994, I, págs. 261-268; pág. 263.

primer ser, la destrucción absoluta de una identidad que asegure la desaparición de esos rasgos linajísticos que, como condena, estaba arrastrando; tal significa la muerte de los caballos; Zifar no puede permanecer con el señor de Fesán, como tampoco podía detenerse en Galapia a pesar de los ofrecimientos que, en tal sentido, le proponían; por ello, rechazó el ser ayo del hijo de aquella segunda Grima o la posibilidad de casar a sus dos hijos con hijas de altos linajes; mientras mueran los caballos, él sabe que Dios lo destina a seguir un camino de pruebas penosas y de sufrimientos que deberá aceptar con sólida resignación religiosa.

Con este propósito, se dispone la línea de acción del reino de Falac, en el que Zifar llegará a perder su propio nombre para adquirir el de «cavallero desaventurado» con que le moteja el ribaldo, al haber descendido al punto más bajo de su condición estamental; para ello, suceden las pruebas de la pérdida de los hijos y de la mujer; ninguna de sus cualidades caballerescas le ha servido para evitar tales desgracias; en el caso de Garfín, el mayor, es importante recordar el modo en que se construye la escena: Zifar se encontraba reposando, en un vergel, uno de los pocos espacios deleitosos que aparecen en la obra y que, en cualesquiera de las ocasiones, acaban siendo marcos antitéticos de las cualidades caballerescas; lo mismo ocurre con el universo de valores que representan los marineros que raptan a Grima, tras engañar con gran facilidad a Zifar, que cree en sus falsas palabras; la dispersión de la familia es necesaria para mostrar el modo en que el caballero pierde los rasgos de su identidad presente y queda reducido a la pura conciencia de su dimensión caballerisca; es entonces cuando tendrá que probar sus cualidades y el mejor modo de hacerlo será sufrir, con paciencia, el impertinente interrogatorio a que lo va a someter el ribaldo y que viene a constituir uno de los más importantes cuestionarios sobre los principios en que debe sostenerse la caballería; Zifar, que ya ha perdido su nombre, responderá siempre desde el «saber caballeresco» que esta obra intenta difundir en la realidad externa; porque sabe ahora «castigarse» (como antes lo hiciera el señor de Fesán), podrá luego «castigar» a sus hijos cuando los recupere; incluso, en este proceso de purificación que sufre su ser, importa el modo en que asume la realidad de la muerte como parte de la realización de su vida; este

senequismo representa una de las líneas doctrinales vinculadas al entramado catedralicio <sup>18</sup>.

En la ermita, Zifar ha descendido a esta condición ínfima de su ser y, a pesar de ello, demuestra que mantiene intactas las claves doctrinales por las que gobierna su vida: no desespera, conserva el «seso natural», deja que Dios guíe su camino. Por ello, en este marco de destrucción se le va a brindar la posibilidad de cumplir su destino caballeresco, al ser informado por el ribaldo de que el rey de Mentón, cercado por el rey de Ester, había prometido que entregaría a su hija (y con ello la corona) al caballero que lograra descerrarlo. Sin embargo, Zifar no es capaz de emprender acción alguna, simplemente se ríe <sup>19</sup>; ante esta actitud el ribaldo lo amonesta y le recuerda los principios básicos por los que debe regirse:

«Çertas», dixo el ribaldo, «agora non te tengo por tan sesudo como yo cuidava. ¿E non sabes tú que cada uno anda con su ventura en este mundo, los unos para ganar e los otros para perder e los unos para dexar e los otros para cobrar? ¿E non sabes tú que Dios puede poner al onbre de pequeño estado en grande? ¿E non eres tú el que me dixiste que te dexase sufrir el dolor maguer que era grave e duro, con aquellos que lo podrían sufrir?», ed. JML, 152; ed. CG, 159.

Zifar debe aceptar este plan de vida, al que además se van a adecuar los personajes principales de la obra, sobre todo el propio ribaldo; es importante señalar este aspecto; no es que en el libro se esté predicando un modelo de sociedad, asentado en un curioso (pero utópico) dinamismo de las clases que lo constituyen; esa movilidad estamental lo único que pretende poner de manifiesto es el omnímodo poder de Dios, como señala este personaje; Zifar se encuentra ahora reducido a ese «pequeño estado» y, por intercesión de Dios, podrá llegar a uno «grande» <sup>20</sup>. Desde el punto de vista de

<sup>18</sup> Es uno de los conceptos que aparece formulado con mayor claridad en el *Libro del consejo*; ver *Historia de la prosa medieval castellana I*, págs. 946-948, más KARL A. BLÜHER, *Zur Tradition der politischen Ethik im Libro del caballero Zifar*, en *Zeitschrift für Romani-sche Philologie*, 87 (1971), págs. 249-257.

<sup>19</sup> Y recuérdese el valor de la risa en la evolución de la trama argumental; un motivo que debería unirse al de la peligrosidad de los lugares deleitosos. Ver MARÍA JESÚS LACARRA, *De la risa profética a la nostalgia del paraíso en el Libro del cavallero Zifar*, en *Actas do IV Congresso AHLM*, Lisboa, Cosmos, 1993, IV, págs. 75-78.

<sup>20</sup> Esta ha de ser una más de las ideas del entorno catedralicio y que encaja, claramente, con la propia historia del infante don Sancho y de doña María. Por ello, sí estoy de acuerdo

la conformación del modelo caballeresco la idea es importante, así como la secuencia de hechos que la va a sostener: Zifar se ha convertido en «cavallero desaventurado» y precisará de la guía y de las habilidades de este ribaldo, junto al que podrá recuperar, paulatinamente, los componentes de la identidad perdida. Sólo en una ocasión, Zifar es remiso con la prueba que ha de pasar; no se atreve a afrontar la vergüenza que le supondría entrar en una villa a pie y no montado a caballo; será la segunda vez en que se refugie en un «marco deleitoso» (ahora es una torre, bien que en ruinas con una fuente y un verde prado) en el que, como era esperable, inevitables peligros le asecharán en seguida; una manada de lobos está a punto de devorarles y «el mayoral» de ellos le arranca la espada a Zifar, a quien tiene que salvar el ribaldo con socorrida estratagemas; la lección es aprendida de inmediato:

«Par Dios», dixo el cavallero, «mejor fuera pasar las vergüenzas de la cibdat que non tomar esta mala noche que tomamos». «Cavallero», dixo el ribaldo, «non vos quexedes ca así va onbre a paraíso, ca primeramente ha de pasar por purgatorio e por los lugares mucho ásperos e vós, ante que lleguedes a grant estado, avedes a sufrir e a pasar muchas cosas ásperas e así conosceredes e departiredes el bien del mundo», ed. JML, 170-171; ed. CG, 170.

La caballería, tal como es concebida por este entorno molinista, ha de ser camino de perfección religiosa, de purificación interior; de ahí que Zifar no rehuya ya asumir una de las más duras pruebas que aún le aguardan; el ribaldo, para entrar en Mentón, le recomienda que se disfrace de loco y que, de esa guisa, atraviese las huestes de los enemigos; es el último de los consejos que le va a dar <sup>21</sup>, marcándose de este modo el lento proceso por el que Zifar deberá recuperar su condición estamental; antes, le aguardan las burlas y

---

con esta afirmación de J. M. Cacho Blecua: "Así se señala la existencia de una caballería no de linaje, sino de servicio o de buenas costumbres contra la que reacciona la alta nobleza", pero no con lo que sigue: "En el trasfondo del sistema de valores del libro se proyecta una gran movilidad social", *Los problemas del Zifar*, pág. 63. Complementar con J. M. Lucía Megias, *Caballero, escudero, peón. (Aproximación al mundo caballeresco del libro del cavallero Zifar)*, en *Scriptura*, 13 (1997), págs. 115-137.

<sup>21</sup> «E ya vos he dicho aquello poco que yo entiendo e si más sopiese, más vos diría, más non ha en mí más seso de cuanto vós vedes; e acorredvos de aquí adelante del buen seso [que Dios vos quiso dar: P], e andemos nuestro camino e lleguemos afna al real», ed. JML, 175; ed. CG, 173.

los insultos como última etapa de la penitencia que debe cumplir<sup>22</sup>; de ahí que, nada más entrar en la ciudad, sea recibido por el mayordomo del rey y este le entregue el «guisamiento» necesario, por el que es devuelto a la condición que hasta entonces había perdido:

«Bien seades vós venido», dixo el mayordomo, «e plázeme mucho conbusco; pero ¿sabredes usar de cavallería?». «Sí», dixo el cavallero, «con la merçed de Dios, si guisamiento toviese». «Çertas, yo vos lo daré muy bueno», dixo el mayordomo; e luego mandóle dar muy bien de vestir e buen cavallo e buenas armas e todo buen complimiento de cavallero. E desde fue bien vestido el cavallero, pagóse mucho el mayordomo d'él, ca bien le semejó en sus fechos e en sus dichos que era ome de grant seso e de grant lugar, ed. JML, 178; ed. CG, 175.

Esta recuperación de su ser caballeresco deberá someterse a las pertinentes pruebas, además en el orden que aquí se ha señalado: primero en los «fechos», luego en los «dichos». El caballero —por que por supuesto el nombre de «Zifar» pertenece a la vida anterior a la que ha dado muerte<sup>23</sup>— luchará contra contendientes escogidos, tanto por su linaje como por las muestras de soberbia que, en todo momento, van a dar. Dos de los enemigos promoverán un combate contra otros dos de la villa; sólo aparece Zifar y ellos preguntan por el otro compañero al que aguardaban; el diálogo entre ambos encierra de nuevo las claves de este primer modelo caballeresco:

E cuando fue fuera del canpo, dixieron los otros dos cavalleros muy soberviamente e como en desdén: «Cavallero, ¿dó el tu conpañón?» «Aquí es comigo», dixo el cavallero. «Pues non paresçe», dixieron los otros. «Non paresçe a vós», dixo el cavallero, «ca non sodes dinos de lo ver». «E ¿cómo?», dixieron los otros «¿invisible es que non lo podemos ver?» «Çertas, invisible», dixo el cavallero, «a los muy pecadores». «E ¿cómo?», dixieron los otros, «¿más pecadores tienes que somos nós que tú?» «A mi creençia es», dixo el cavallero, «que sí, ca vós con muy grant sobervia tenedes çercado este

<sup>22</sup> Que JAMES F. BURKE asemeja con la pasión sufrida por Cristo, ver *History and vision: The Figural Structure of the «Libro del cavallero Zifar»*, Londres, Tamesis, 1972, págs. 67-82, con estos presupuestos: "What the author of the *Zifar* has done here is cleverly to combine two motifs which the medieval mind saw as central to the theme of man's fall and subsequent redemption", pág. 69.

<sup>23</sup> Creo que, en este sentido, las lecturas de *M* son las correctas, ya que omite el nombre de «Zifar», cuando nombra al «cavallero», que se presenta, así, desnudo en su identidad, vacío del anterior ser, para poder acceder a la nueva condición estamental que le aguarda.



rey en esta çibdad, non vos faziendo mal nin meresçiendo por qué. E bien creo que si lo desçercádeses que fariades mesura e bondat, e fazervos ía Dios mucho bien por ende», ed. JML, 184; ed. CG, 178.

### 3.3. *La aristocracia molinista: la recuperación del linaje real*

Ante los oyentes está a punto de culminar el proceso de metamorfosis caballeresca que está sufriendo Zifar; la derrota del sobrino y del hijo del rey de Ester significa la de la propia soberbia caballeresca; frente a este defecto, el caballero actúa con la humildad requerida; en todo momento se encubre, puesto que no se «orgullesçe» con las victorias obtenidas; de este modo, los habitantes de la villa desconocen quién es el vencedor del combate y cuáles sus orígenes linajísticos; la cuestión es trascendente, por cuanto la hija del rey, de seguir así las cosas, deberá casar con este extraño caballero; poco le va a importar, ya que esta infante (modelo de «donzella sabidora»), casi sin verlo, reconoce la hondura de sus bondades caballerescas; así, en cuanto el rey le plantea la posibilidad de su casamiento, en su respuesta vuelven a asomar los principios doctrinales del molinismo:

«E ¿non parades mientes, mi fija», dixo el rey, «que a casar vos converná con él?». «Çertas señor», dixo ella, «si lo Dios tiene por bien, muy mejor es casar con un cavallero fijodalgo e de buen entendimiento e buen cavallero de armas para poder e saber anparar el regno en los vuestros días e después de los vuestros días, que non casar con algunt infante o con otro de grant lugar que non sopiese nin podiese defender a sí nin a mí», ed. JML, 192-193; ed. CG, 183<sup>24</sup>.

Con razones tan contundentes, esta tierna infante<sup>25</sup> rechaza a la nobleza preocupada sólo por el «viçio» de la corte y no por el ejercicio de las armas; esta es la aristocracia que el molinismo

<sup>24</sup> Por razones similares, Saladino, en el Exemplo XXV del *Libro del conde Lucanor*, recomienda al conde de Provenza que case a su hija con "el mejor omne et el más conplido et más sin ninguna mala tacha" (ed. G. SERÉS, Barcelona, Crítica, 1994, pág. 105), sin reparar en el linaje o en el poder, sino en las maneras y en las costumbres. La diferencia entre estos textos estriba en la significación que, en el *Zifar*, se concede a la figura femenina, capaz por sí misma de elegir su destino y de imponer sus decisiones, como hechura que es del pensamiento de doña María.

<sup>25</sup> Que ni siquiera llega a adquirir nombre, a pesar de que sufre las acometidas del amor hacia quien comienza ya a llamar "el mio cavallero", ed. JML, 193; ed. CG, 184.

quiere convertir en asiento del entramado cortesano, en soporte de la propia realeza <sup>26</sup>; en este punto, el caballero sin nombre adquiere la identidad final que ha buscado a lo largo de este enojoso camino de purificación que ha recorrido desde que fuera expulsado de su solar linajístico; es el rey el que le va a otorgar la última dimensión de su ser, como si ya lo señalara como sucesor suyo:

«Çertas», dixo el rey, «yo cuido que es cavallero de Dios, que nos ha aquí enbiado para nos defender e para lidiar por nós. E pues así es que lo non podemos conoscer, gradescámoslo a Dios mucho por este acorro que nos enbió e pidámosle por merçed que lo quiera levar adelante; ca aquel cavallero de Dios ha muerto los más sobervios dos cavalleros que en todo el mundo eran», ed. JML, 195; ed. CG, 185.

El recitador no esperaba oír otra cosa para repetírselo a su audiencia, por tratarse del concepto fundamental sobre el que reposa este primer modelo caballeresco que se predica en el libro:

E de allí adelante le dixieron el Cavallero de Dios, ed. JML, 195-196; ed. CG, 186.

A esto conduce la anteposición de Dios sobre todos los hechos, el dejarse guiar por el «seso natural» y el no desesperar por muy «luenga» que parezca una obra; todo caballero debe aspirar a reproducir, en su vida y en sus actos, este proceso de perfección que acaba de consumir Zifar. En buena medida, por este recorrido (de ascesis y de penitencia) se ha hablado de «caballería espiritual», no muy lejos de los presupuestos ya apuntados en *Castigos de Sancho IV* o incluso en el mismo *Barlaam*; la consecuencia es importante, puesto que, desde sus mismos orígenes, la ficción caballeresca está transmitiendo estas reglas de conducta, promoviendo modelos de comportamiento religioso con la finalidad de inspirar y de impulsar la observancia de tales virtudes en la audiencia del libro <sup>27</sup>.

<sup>26</sup> Puesto que tal, además, es lo que ocurrió en el caso de un alférez, el infante don Sancho, que por su destreza en los hechos de armas y sus cualidades militares se va a convertir, tras 1275, en el heredero deseado para la corona.

<sup>27</sup> Nueva prueba de que no es necesario aguardar al reinado de los Reyes Católicos para engastar, en ese ámbito de fervor religioso y político, la transformación que sufre Amadís y la renuncia a sus valores que determina Esplandían; desde los mismos orígenes de la materia caballeresca europea, se produce esta alternancia de valores humanos y religiosos en la configuración del entramado moral y doctrinal de la caballería, sea cortesana o andantesca. De hecho, las tramas literarias no abrigan otro propósito.

Quien ha logrado convertirse en «cavallero de Dios», por la destreza de las armas, podrá comenzar a impartir ya consejos a la corte en la que ha renacido a la caballería; por ello, lo primero que hace es justificar el ámbito ideológico del que él procede; formula, ante esos caballeros que no han sabido enfrentarse a la soberbia de los enemigos, una apasionada defensa del esfuerzo caballeresco, basado en el «seso natural», no en el atrevimiento y en la locura; esta idea resulta esencial y en ella puede verse otra de las claves de integración de la nobleza en el ámbito cortesano presidido por doña María:

«Non digo yo eso» dixo el cavallero, «de los atrevidos, mas de los esforçados, ca muy grant departimiento ha entre atrevimiento e esfuerço, ca el atrevimiento se faze con locura e el esfuerço con buen seso natural», ed. JML, 196; ed. CG, 186.

«Atrevido» es el rey de Ester, como luego lo será, por antonomasia, el caballero que se adentre en el lago solfáreo; el molinismo no sólo intenta corregir la soberbia, sino ese punto de «locura» que puede provocar un uso desmesurado de la fuerza que representa la caballería; el ya «cavallero de Dios» sólo necesita quinientos caballeros para poder enfrentarse al enemigo; el rey de Mentón reúne a su corte y transmite este mensaje a sus «condes» y «onbres buenos», incapaces de reaccionar con la prontitud que él y el recitador hubieran deseado; en este punto, de consuno, ambos critican la mengua en que cae esta nobleza por no atravesarse a asumir la participación en esta guerra; los argumentos son importantes porque encajan con las propias líneas de acción militar a las que era proclive Sancho IV:

E después que llegaron ý, el rey preguntóles si avían acordado alguna cosa por que podiesen salir de aquella premia d'estos enemigos. ¡E mal pecado! Tales fueron ellos que non avían fablado en ello ninguna cosa nin les veniera emiente d'ello. E levantóse un conde e dixo al rey: «Señor datnos tienpo en que nós podamos acordar e respondervos hemos». E el rey con grant desdén dixo: «Cavallero, quanto tienpo vós quiesierdes, pero mientras vos acordades, si lo por bien tovierdes, datme quinientos cavalleros...», ed. JML, 198; ed. CG, 187.

Son necesarios para que el que había destacado en los encuentros singulares ante los muros de Mentón y con ello ganado la identidad presente, pueda hacer ahora lo propio dirigiendo a esta selecta tropa y, por ella, conquistar los derechos a ser coronado rey. Por su

puesto, la actuación del «cavallero de Dios» en esta guerra se va a adecuar en todo momento a los aspectos determinados en los tratados militares: ordenará el ataque al real del enemigo, prohibirá cualquier robo, dispondrá, en fin, el justo reparto de las riquezas ganadas. Toda esta serie de hechos debe ser ratificada luego ante el rey de Mentón, en una importante descripción de sus méritos caballerescos, que presupone la ratificación de sus cualidades y, además, la ordenación, ante los oyentes, de los valores dispersos con que se ha estado organizando este modelo de comportamiento (aristocrático, claro es):

«Señor, non has por qué gradesçer a ninguno este fecho sinon a Dios primeramente, e a un cavallero que nos dio tu mayordomo por quien nos guiásemos, que dixo que era su sobrino; que bien me semeja que del día en que nascí non vi un cavallero tan fermoso armado, nin tan bien cavalgante en un cavallo, nin que tan buenos fechos fiziese de sus armas como él fizo en el desbarato, e tan bien esforçase su gente como él fazía a a nós, ca, quando una palabra nos dezía, semejávanos que esfuerço de Dios era verdaderamente», ed. JML, 203; ed. CG, 191.

Hay que notar el empeño que se pone en subrayar la imagen del héroe «cavalgante en un cavallo», puesto que en efecto la grave fortuna que sobre él pesaba ha desaparecido ya, justo en el último tramo de un recorrido en el que está a punto de cumplirse la «demanda» que, desde niño, llevaba guardada en su corazón. Conviene, ahora, recuperar parte de aquella escena en la que el abuelo, que muere riendo, le cuenta las razones de la desventura que pesa sobre su linaje; porque el rey Tared había sido un rey de «malas costumbres», Dios le había depuesto de su dignidad real y alzado, en su lugar, a un «cavallero simple», castigando a todo su linaje; en ese momento, el niño comprende el sentido que debe dar a su vida:

«E si yo fuere de buenas costunbres», dixe yo, «¿podría llegar a tan alto lugar?». E él me respondió, reyéndose mucho e díxome así: «Amigo pequeño de días e de buen entendimiento, dígote que sí, con la merçed de Dios, si bien te esforçares a ello e non te enojares en fazer bien, ca por fazer bien puede onbre subir a alto lugar», ed. JML, 53; ed. CG, 93.

Es lo que está a punto de ocurrir; el cumplimiento de esas cualidades y la dura penitencia a que Zifar se sometiera le han permitido dar muerte, en su interior, a todos esos aspectos linajísticos que le eran contrarios; desde la religiosidad con que ha merecido

ganar su nuevo nombre, puede ya casar con la hija del rey y transmitir, al entorno que lo ha acogido, las virtudes de la identidad ganada; porque, por una parte, se singulariza su actuación en cuanto caballero:

Por este cavallero fueron cobradas muchas villas e muchos castiellos que eran perdidos en tienpo del rey su suegro, e éste fizo mucha justiçia en la tierra e puso en el regno muchas costumbres buenas, en manera que todos los de la tierra, grandes e pequeños, lo querían grant bien, ed. JML, 207; ed. CG, 195.

Por otra, se muestra la correspondencia de estas ideas con sus funciones ya como rey gobernante:

E el rey su suegro ante de los dos años fue muerto, e él fincó rey e señor del regno, muy justiçiero e muy defendedor de toda su tierra, de guisa que cada uno avía su derecho e bivían todos en paz e en sosiego, *Id.*

No podía cerrarse de mejor manera la descripción de este primer modelo caballeresco: se ha mostrado el proceso de su formación, las cualidades que le son inherentes, las ideas que deben asumirse. Esa conducta ha permitido que un «cavallero desaventurado» se convirtiera en «cavallero de Dios»: se integran, así, en un mismo plano, las «buenas costumbres» caballerescas, el escrúpulo en el cumplimiento de los principios religiosos y la defensa de la tierra y de la justicia que un monarca realiza. Zifar es creado no sólo para convertirse en el mejor propagador del molinismo, sino para arrastrar al dominio de la ficción los conceptos y las circunstancias que le permitieron a Sancho IV ser también rey. Por eso, ambos monarcas, situado cada uno en la vertiente de su concreta realidad, pueden ya aleccionar a sus hijos con esa ambiciosa selección de «castigos» morales, políticos y doctrinales (es decir, religiosos).

#### 4. LA CABALLERÍA NOBILIARIA: LA AFIRMACIÓN POLÍTICA

Sin embargo, y a pesar de la previsión de estas ideas, Fernando IV tampoco pudo ser el monarca que convirtiera a la aristocracia en soporte de su entramado cortesano; todo lo contrario; la corte de este rey, asumida la mayoría de edad, se convirtió en un ámbito de intrigas, recelos y sospechas; la realeza se encontraba a merced de los nobles más poderosos y de infantes (don Juan y don Enrique,

principalmente) a los que preocupaba, sobre manera, mantener unos privilegios y extender su propia conciencia linajística <sup>28</sup>.

#### 4.1. La defensa del «molinismo»

Con todo, la corte seguía siendo molinista y la producción cultural que de ella derivaba (o que para ella se pensaba a fin de interferir en su pensamiento) seguía correspondiendo a los esquemas ideológicos pergeñados por la escuela catedralicia de Toledo. Estas son las razones que permiten comprender las dos ampliificaciones que va a sufrir la primera trama del libro; ello no significa que las *estorias* de Zifar y de Grima (más esos *Castigos*) fracasaran en su empeño por configurar un orden moral y político; antes al contrario, ese primer producto textual contenía en su interior las claves suficientes para poder extender sus líneas argumentales más allá del primer ámbito para el que nacieron. Ahora bien, fuera de ese *romance* ya no se encuentran los mismos oyentes, o si lo están las circunstancias que les rodean, a partir de 1301, son bien distintas; la corte es otra y sus problemas también; debe, por ello, construirse un nuevo entramado narrativo que pueda servir de «espejo» para estos otros receptores a los que las peripecias de Zifar y de Grima eran ya de sobra conocidas.

El reto que acepta el formador (o «enmendador») del libro es notable; debe mantener intactos unos principios ideológicos <sup>29</sup> y

<sup>28</sup> Estas son las circunstancias en las que debe enmarcarse el pensamiento político de don Juan Manuel; no es que en este noble se albergara un orgullo singular, sino que sus ambiciones se ajustan a ese desmedido poder que, en general, la nobleza adquiere tras la muerte de Fernando IV; en la crónica que F. Sánchez de Valladolid dedica a este monarca, no manifiesta hacia él la menor simpatía; todo lo contrario, lo muestra como ejemplo negativo de la conducta de un rey; gracias a que contaba con la prudente presencia de doña María para guiar sus pasos, como pone de manifiesto este pasaje: “E la reina díxol' más. que si él parara mientes al pleito que-l' fazían fazer que lo non fiziera, ca por aquel pleito qu'el fiziera dava razón a todos los de la tierra que fuessen contra él con derecho pues que él non guardava lo suyo d'ella como él devía, pero que non pararía ella mientes a tan grand mal como él fiziera e que muy mejor guardaría ella su fazienda e el su estado por ser su fijo e por amor del rey don Sancho, su padre, a quien Dios diesse sancto paraíso, e por guarda de la tierra que non por los sus merescimientos, ca non cognosçía cuanta lazeria por él levava”, BNM 10132, fols. 121vb-122ra. Por «guardar» esa «fazienda» de la corte tuvo que amplificarse el *Zifar*.

<sup>29</sup> Una vez más: a) anteposición de Dios; b) primacía del «seso natural»; c) no desesperar ante una obra larga y enojosa.

construir con ellos otros modelos de caracterización, a semejanza de la nueva audiencia que se encuentra ahora en la corte de este joven Fernando IV; de ahí que el interés de las tramas narrativas dedicadas a los hijos de Zifar se centre en la definición de los valores a que debe sujetarse la que se llama «cavallería mançeba».

Esta es la base de la doble amplificación con que el libro acaba de formarse. En efecto, una vez que el ya rey de Mentón logra recuperar la identidad linajística, perdida en el reino de Falac (pero aún sin poder asumirla), nombra caballeros a sus hijos, les concede tierras y comienza a ser bien servido por ellos en toda ocasión en que los necesita; nótese que se trata de una de las ideas capitales que la obra intenta difundir: mostrar el modo en que el poder caballeresco debe emplearse para servir de lógico soporte del poder regalista:

E desde que el rey ovo fechos cavalleros [a] aquéllos, les puso sus tierras grandes e en çiertos logares. Éstos, como aquellos que fueron bien criados, trabajávanse de-l' servir muy bien e verdaderamente e sin regatería ninguna; ca, cuando veían ellos que era mester fecho de armas, luego, ante que fuesen llamados, cavalgaban con toda su gente e ívanse para aquel lugar do ellos entendían que más conplía el su serviçio al rey; e allí fazían muchas buenas cavallerías e tan señalados golpes, que todos se maravillavan d'ello e judgávanlos por muy buenos cavalleros, ed. JML, 236; ed. CG, 213-214.

Aquí ya hay otro público. Los conceptos esenciales (buen servicio, la actuación verdadera, la capacidad de asumir las «costas» de la empresa <sup>30</sup>) no han cambiado, pero ahora se otorga una mayor primacía a los «fechos de armas», circunstancia que propiciará el (libre) despliegue de un entramado de aventuras, así como la incorporación a la trama narrativa de episodios de carácter maravilloso; los oyentes, que se encuentran fuera del texto, poseen ya la capacidad (y, con ello, la «expectativa») de asimilar el fondo de símbolos de esos *mirabilia* y, a la vez, distinguir la bondad de unas acciones o de unos determinados «golpes» <sup>31</sup>; de hecho la frase

<sup>30</sup> Que esta es una de las cuestiones en que más se incide, como problema básico que suponía el mantenimiento de la corte; ver MICHAEL HARNEY, *Economy and utopia in the medieval Hispanic Chivalric Romance*, HR, 62:3 (1994), págs. 381-403.

<sup>31</sup> Y no porque sea preciso «entretener» a este auditorio, sino porque se pretende inculcarle esta red de ideas; este último aspecto es de los más curiosos, ya que Zifar, en sus dos actuaciones militares, aunque consiga, por sus encuentros singulares, inclinar el peso de la batalla, apenas destacará por el valor concreto de «golpes» prodigiosos; bien al contrario,

final con que el recitador presenta a estos «cavalleros mançebos» se piensa para que encaje en el sistema de valores de ese público que escucha *romances* para «maravillarse» primero y, como añadidura lógica, «juzgar» después unas conductas o una determinada destreza con las armas.

En esta línea de amplificación, por tanto, existe una concepción caballeresca de carácter cortesano, ajena al poder de los clanes nobiliarios:

Ellos quanto más los onravan e los loavan por las sus bondades e buenas costunbres, a tanto punavan de fazerlo sienpre lo mejor e con umildat <sup>32</sup>, ca los onbres de buena sangre e de buen entendimiento, quanto más dizen d'ellos loando las sus buenas costunbres e los sus buenos fechos, tanto más se esfuerçan a fazerlo mejor con umildat; ca los de vil logar e mal acostunbrados, quanto más los loan si algunt bien por aventura fazen, tanto más se orgullesçen con sobervia, non queriendo agradesçer a Dios el bien e la merçed que les faze...., ed. JML, 237; ed. CG, 214.

Para que esto ocurra ahora en el interior del libro es porque antes ha tenido que suceder fuera; el molinismo distingue así dos modelos de conducta aristocrática, analizando el mismo componente de las «costunbres», cuya rigurosa observancia le había permitido a Zifar trascender la maldición que sobre su linaje pesaba; se trata de ahondar en ese concepto del «orgullo» y de la «soberbia», mostrar cómo se forma y advertir de las consecuencias que arrastra un comportamiento de esas características; para ello, se construye la *estoria* de Garfín y de Roboán, que como unidad narrativa poco parecido guarda con la que se dedicará, poco después al segundogénito y que ya es nombrada de manera específica como *Estoria del infante Roboán*.

---

ante los muros de Mentón se entretendrá en rematar con una «misericordia» a los contendientes que acaba de abatir y aún aguardará a que terminen de «resollar» antes de reunirse con el ribaldo, recién encontrado.

<sup>32</sup> Idea también nueva que se apoya en consideraciones incluso historiográficas, con las que se arma la verosimilitud de los propios textos de ficción; se trata de la memoria caballeresca, tal como se define en la *Partida II*: "E porque fuesen tenudos de guardar esto [...].escriven sus nonres e el linage onde veníen, e los lugares onde eran naturales en el libro en que estavan escritos todos los nonbres de los otros cavalleros", XXI.xxi, BNM 12794, ed. de A JUÁREZ y A. RUBIO, Granada, Impredisur, 1991, pág. 189.



#### 4.2. *El análisis de la soberbia y la traición*

El primer núcleo de la amplificación del *Zifar* adquiere categoría de *exemplum*, y de hecho la inserción de la misma en la trama episódica utiliza tales procedimientos:

... así como fizo el conde Nasón contra el rey de Mentón, *Id.*

Se trata de la manera más sencilla de abrir una línea narrativa, puesto que conduce directamente a la propuesta de una situación (política en este caso: el conde se ha alzado con parientes y vasallos contra el rey) que requerirá el despliegue de las correspondientes virtudes caballerescas para corregirla. El episodio es importante y tiene que conectarse con problemas reales que afectaban al presente histórico en el que se quiere interferir; de ahí que el recitador suspenda, en ocasiones, el transcurso temporal de la narración para dirigirse a esos oyentes, que de él dependen, y comentar con ellos algunos aspectos de lo que acaba de leer; así sucede, por ejemplo, cuando Garfín y Roboán interceptan a una reducida hueste enemiga que se había dedicado a talar los campos y a robar ganado; por su puesto, ellos obrarán de manera contraria:

... los desbarataron e mataron e prendieron d'ellos e tomáronles la presa e tomaron a la tierra del rey e fezieron pregonar por toda la tierra que veniese cada uno a conosçer lo suyo e que gelo darían; en non quesieron retener ninguna cosa ende para sí, como aquellos que eran e que non avían sabor de tomar ninguna cosa de lo ageno, así como algunos fazen ca dizen que si los enemigos lievan algunt robo de la tierra e van algunos en pos ellos e les tiran la presa dizen que suya deve ser e non de aquéllos cuya fue, ed. JML, 252; ed. CG, 223.

Una vez que se ha alcanzado el «presente» de la recitación (en donde pueden incluso encontrarse esos «algunos»), cabe todo tipo de comentario para ampliar conceptos:

Çertas muy sin razón es, ca pues de un señorío son e de un logar, unos deven ser e de un coraçón en serviçio de su señor [e] en guardar e defender unos a otros, que non resçiban daño, *Id.*

Incluso, considera oportuno entretenerse con un breve «exemplo» (el del lobo y el carnero) que le permita extraer la conclusión apropiada para encajarla en esa trama de situaciones negativas sobre las que se quiere influir:

E estos atales que toman la presa de los enemigos de la tierra, por tan robadores se dan como los enemigos si la non tornan a aquellos cuya es..., ed. JML, 253; ed. CG, 223.

A lo que sigue una larga disquisición sobre el que podía ser uno de los problemas más graves a que se enfrentaban la sociedad y la economía castellanas en estas décadas, cuando se movían algaras o se suscitaban banderías, casi con el solo pretexto de asolar unas tierras y conquistar un determinado botín. Por ello, una vez que Nasón es vencido, Garfín formula ante él la queja que la corte podía tener sobre su conducta; lo malo no es que se hubiera alzado contra el rey, pues privilegios tenía un aristócrata para hacerlo, sino no haber ajustado sus actos a las pautas jurídicas previstas para estas ocasiones <sup>33</sup>:

«vós falleschistes de la verdat al rey de Mentón, mi señor, e mentístele en el serviçio que-l' aviades a fazer, seyendo su vasallo e non vos desnaturando d'él nim vos falleschiendo e que-l' corredes la tierra e, por ende, morredes aquí como aquel que mengua en su verdat e en su lealtad», ed. JML, 248; ed. CG, 221.

Esta es la acusación: sin haberse «desnaturado», ha promovido su alzamiento desde el centro mismo de la tierra que debía mantener en nombre del monarca. Tal postura es la que resulta inadmisibile, como luego el propio rey se encargará de recordárselo, en uno de los discursos políticos más importantes del libro, destinado a analizar los delicados límites que separan la «lealtad» de la «traición»; de hecho, este es el objetivo primordial de esta primera amplificación que los oyentes puedan ver cómo el rey reclama al conde las villas que le había confiado, afeándole la deslealtad mostrada:

«Conde», dixo el rey, «en ál estades, ca devedes saber que a traidor non le deven guardar omenage aquellos que gelo fezieron». «Al leal señor», dixo el conde, «gelo fizieron». «Sí», dixo el rey, «e mientra duró en la leatad tenudos fueron de guardar el omenage, mas desque cayó en la traición, por quitos son dados de Dios e de los onbres del omenage, ca non gelo deven guardar en ninguna manera como aquel que non es par de otro onbre, por de pequeño estado que sea, ca lo pueden desechar en cualquier juizio que quieran entrar con él para razonar o para lidiar [...]», ed. JML, 273; ed. CG, 235.

---

<sup>33</sup> Y señaladas con claridad en la *Partida IV, XXV.x*; ver *Historia de la prosa medieval castellana I*, ob. cit., págs. 584-586.

La trama de conceptos que la audiencia debe asimilar se encierra en la amplia digresión con que el rey alaba «la fieltat e la lealtat» con argumentos que provienen del *Libro del consejo*; tal es la lección que se quiere difundir entre una nobleza que no se muestra precisamente proclive a observar tales «costumbres»; así, ahora, desfilan conceptos muy precisos: a) la guarda de la persona del señor, b) la seguridad que se le debe, c) la guarda de su casa, d) la asistencia al consejo, e) no estorbar la ganancia que pudiera obtener, f) ni entorpecer los dichos o hechos que más le convienen y, sobre todo, g) prestarle consejo sin engaño <sup>34</sup>.

Frente a este negativo comportamiento de la nobleza se alza la conducta de esos dos «cavalleros mançebos» deseosos solamente de servir con acierto al rey a quien deben la caballería y, por ende, su identidad. La trama narrativa se monta con sumo cuidado para conceder a los dos hijos la misma oportunidad de actuar e incluso, con esta previsión, se les concede similar espacio y hasta un enemigo propio, para que cada uno pueda ejercitar sus habilidades y demostrar sus virtudes. Bien que las jerarquías cuentan: a Garfín se le destina el conde Nasón, mientras que a Roboán se le asigna el sobrino de tal noble, que, a la postre, aparece como el inductor de la felonía; cada hermano es figurado con una serie de cualidades, que afectan a sus actuaciones particulares, y cada uno recibe una simbólica herida en el rostro que viene a incidir en la presentación de esos rasgos morales; son golpes acogidos con alegría, como parte necesaria de la formación caballeresca que se está cumpliendo, y que se prestan a jocosos comentarios que demuestran el valor con que se ha luchado <sup>35</sup>: Garfín ha quedado marcado en la mejilla derecha, mientras que Roboán, que para algo es más hablador,

---

<sup>34</sup> Esta última noción debía formularse, sobre todo, ante el carácter voluble y fácilmente modificable de un monarca con el que los nobles jugaban realmente a su antojo, como que el cronista, implacable, señala: "e el rey como era ome de manera a quien metían los omes a lo que querían de mal...", 163r.

<sup>35</sup> Esta debía de ser otra de las pautas de comportamiento que, con estas *estorias*, se quería impulsar. Garfín apunta: "«dexemos esto agora estar ca quien non lucha, non cae; e conviene a los cavalleros mançebos provar alguna cosa de cavallería, ca por eso la resçebieron. E, çertas, ninguno non puede ser dicho buen cavallero si primeramente non se provare en el campo», ed. JML, 257; ed. CG, 226.

resultará herido en la boca y en los labios; es más, él buscará una «buena señal de cavallería» igual que la que luce su hermano:

«¿E qué señal?», dixo el rey. «Señor», dixo Roboán, «atal cual la ganó mi hermano Garfín, ca non podiera mejor señal ganar que aquella que ganó, ca la ganó a grant prez e a grant onra de sí. E por aquella señal sabrán e conosçerán los onbres el buen fecho que fizo, preguntando cómo la ovo e bien verán e entenderán que la non ganó fuyendo», ed. JML, 262-263; ed. CG, 229.

Por su puesto, los adversarios a quienes vencen saldrán peor parados, con las mismas correspondencias simbólicas: el conde ha perdido la mano y el pie derechos, mientras que su sobrino queda con los ojos «quebrados»<sup>36</sup>; la escena de pesar que a ambos les une refrenda ante los oyentes el aleccionador cumplimiento de la justicia caballeresca:

E cuando el conde vio a su sobrino desfacionado, dexóse caer en tierra así como muerto, de grant pesar que ovo; e cuando lo levantaron, dixo así: «¡Ay mi sobrino! E ¿qué merescistes vós que por este mal vos aveniese?» «Çertas», dixo el sobrino, «por los pecados del padre lazran los fijos, e así fize yo por los vuestros», ed. JML, 271; ed. CG, 234.

Luego, el rey de Mentón dictará sentencia desde el centro de la corte, investido con su autoridad cristológica, pero antes ha sido necesario que el poder caballeresco devuelva a ese ámbito la armonía destruida por uno de sus nobles<sup>37</sup>; por eso, se ha dicho que en esta amplificación se impulsa la construcción de una «caballería cortesana», capaz de contribuir a la afirmación política del orden moral del que proviene y al que debe defender de cualquier agresión.

---

<sup>36</sup> Apunta J. M. Cacho Bleuca: "Sólo unas notas fugitivas permiten representar la fisionomía desfigurada del caballero, siempre funcionales y momentáneas, que en el caso de Garfín y Roboán indican su iniciación en el mundo de las armas, su capacidad caballeresca de soportar el sufrimiento físico, sin que en ningún momento después aparezcan destacadas. Han sido heridos, pero su cuerpo no ha quedado deshonrado por mutilaciones, a diferencia de lo sucedido con el conde Nasón y con sus sobrinos", ver *La crueldad del castigo: el ajusticiamiento del traidor y la «pértiga» educadora en el Libro del Cavallero Zifar*, en *Violencia y conflictividad en la sociedad de la España bajomedieval*, Zaragoza, Universidad, 1995, págs. 59-89, pág. 66.

<sup>37</sup> Con las fórmulas jurídicas pertinentes: "e aviéndome fecho jura e omenage de me guardar fialdat e lealtad, así como buen vasallo deve fazer a su señor, e fallerçísteme en todo,

El mensaje que se transmite a la «cavallería mançeba» no puede ser más claro: los servicios con los «fechos de armas» resultan fundamentales para aspirar a cualquier reconocimiento social; no hay otra línea de promoción posible; a Garfín, en premio por su actuación, se le entrega el condado del enemigo; la caballería se ha convertido, así, en aristocrática, como lógico remate de un proceso de formación y de demostración de unas virtudes.

##### 5. LA CORTESÍA CABALLERESCA: LA EXPANSIÓN TERRITORIAL

El libro sufre una segunda amplificación con la *Estoria del infante Roboán*, a fin de seguir explorando los valores en los que se ha de asentar la «cavallería mançeba» y la función que estos caballeros noveles deben desempeñar en la trama de la corte. Estas «enmiendas» textuales surgen de una voluntad de recepción, no de autoría, y aspiran a dar respuesta a unos problemas concretos mediante el «espejo» que proporciona la ficción, como había ocurrido en el caso del análisis que de la «traición» y de la «lealtad» propiciara el orden argumental de la «estoria de Garfín y de Roboán». Devuelta la armonía a la corte de Mentón, quedaba por valorar el modo en que la caballería podía consolidar la seguridad de ese marco de convivencia y promover una expansión territorial (y ambas resultan ideas medulares en el reino de Alfonso XI <sup>38</sup>) desde una «cortesía nobiliaria», que fuera asiento de un sólido poder regalista. Para demostrar estos principios, que poco tienen que ver con los móviles de actuación por que se guiaban Zifar y Grima aprovechará la dúplice figura de los hijos: Garfín, en cuanto heredero garantizará la continuidad del nuevo linaje, mientras que el segundogénito deberá proyectar sus cualidades caballerescas hacia otras empresas.

---

yo non vos deziendo nin faziendo por qué e non vos espendiendo de mí, corrístesme la tierra e robástesme la e quemástesme la, e aún teniendo que esto todo non vos conplía dixistes contra mi persona muchas palabras soberviosas e locas...”, ed. JML, 278; ed. CG, 238.

<sup>38</sup> Ver de SALVADOR DE MOXÓ, *La nobleza castellana en el siglo XIV*, en *Anuario de Estudios Medievales*, 7 (1970-1971), págs. 493-511, más *La sociedad política castellana en la época de Alfonso XI*, en *Cuadernos de Historia*, 6 (1975), págs. 187-326.

### 5.1. La difusión del «molinismo»: cortesía y esfuerzo caballerescos

Roboán representa, así, otro modelo caballeresco, pensado para configurar una nueva red de valores en torno a Alfonso XI, durante el tiempo de su minoridad; es más: esta última amplificación que sufre el *romance* cumple el objetivo de mantener los principios doctrinales del «molinismo» en el período en que se estaría formando el nieto de Sancho IV y de doña María de Molina, posiblemente el fruto más granado de este sistema cultural. De ahí que cuando Zifar asuma (en P 172) la petición que Roboán le había expuesto (en P 120<sup>39</sup>) de salir a buscar su «honra», le entregue de inmediato los tres conceptos a los que él había fiado su anterior existencia andantesca:

«ca mi voluntad es que fagas lo que posiste en tu corazón ca creo que buen propósito de onra es que demandas e çierto só que si lo bien siguieres e te non enojares que acabarás tu demanda con la merçed de Dios [1: la voluntad de acabar una obra o una *demanda*, por muy costosa que resulte], ca todo onbre que alguna cosa quiere demandar o acabar, tan bien en onra como en ál que se fazer puede aviendo con qué la seguir e fuere en pos ella e non se enojare, acabarla ha çiertamente [2: no enojarse por las dificultades de la empresa]. E por ende, mio fijo toma buen esfuerço en Dios, ca Él te guiará, ca a otros non guía si non a los que se llegan a Él e se quieren guiar por Él [3: anteposición de Dios sobre todas las cosas]. E por ende dizen que \_ aquel es guiado a quien Dios quiere guiar \_», ed. JML, 473; ed. CG, 350-351.

Las pautas de comportamiento pueden ser las mismas, pero no los móviles de actuación; Zifar en cuanto rey de Mentón, es consciente de haber transmitido a sus hijos un «saber caballeresco»<sup>40</sup>, cuya validez es necesario demostrar; por ello se pone en marcha

<sup>39</sup> Con estas siglas me refiero a los epígrafes del ms. BN París Esp. 36; para el problema de la capitulación, ver J. M. LUCÍA MEGÍAS, *Hacia la partición original del Libro del Cavallero Zifar*, en *Medioevo y Literatura. Actas del V Congreso Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, ed. JUAN PAREDES, Granada, Universidad, 1995, III, págs. 111-130.

<sup>40</sup> En el que se integran las «buenas costumbres» con los «hechos de armas» por este orden, como le explica a Grima, al razonarle los motivos de la partida de Roboán: “E en quanto he yo en ellos entendido, como buenos diçípulos que han sabor de bien fazer, aprendieron su leçión e creo, que si onbres ovieren en el mundo que obraren bien de costumbres e de cavallerías, que estos serán los mejores”, ed. JML, 473-474; ed. CG, 351. Como señala J.M. LUCÍA MEGÍAS: “Las «buenas costumbres» que no el linaje serán

Roboán, porque es depositario de unas cualidades estamentales que debe cumplir en una doble línea de acción caballeresca, en la que tan importantes serán las pruebas cortesanas (en cuanto demostración de las «costumbres») como las militares (en los enfrentamientos de armas). Como había afirmado en *P* 120, él quiere escapar de los riesgos que puede entrañar la «vida folgada» a la que estaba abocado si permanecía en Mentón <sup>41</sup>; prefiere los «trabajos» y los «peligros» que pueden aguardarle en «tierras extrañas»:

«¿Ca qué pro me temía de fincar yo aquí e aver vida muy viçiosa e muy folgada, sin ningunt bien fecho que yo feziere? Çertas, el día que yo muriere morrá todo el viçio e toda la folgura d'este mundo, e non dexarfe en pos mí ninguna cosa por que los onbres bien dixiesen de mí; ca bien vos digo, señor, que la mayor mengua que me semeja que en cavallero puede ser es ésta: en se querer tener viçioso e non usar de cavallería assí como le conviene; porque dándose el onbre al vicio, pónese en olvido e desampárase de las cosas en que podría aver mayor onra que de aquella en que está; ca çiertamente la onra non se da si non [a] aquel que quiere trabajar por ella; e por ende vos pido merçed que non me querades sacar del propósito bueno en que estó, ca çiertamente ojo tengo para trabajar e para ganar onra», ed. JML, 314; ed. CG, 259.

En su discurso, Roboán opone dos nuevos conceptos: la «mengua» de las virtudes caballerescas y la «onra», que sólo se obtiene «trabajando» por ella, lejos de la vida «viçiosa» que puede representar la «alegría» de una corte «asosegada» ya en la paz; por eso, Roboán necesita ponerse en marcha, no para ejecutar un plan de redención personal como su padre, sino para ganar por sí mismo la honra a que por su linaje era merecedor; así, al menos, lo explica Zifar a Grima, al justificar la decisión tomada por el hijo:

---

también las armas de las que el caballero Zifar podrá hacer uso para recuperar la grandeza de su familia, perdida precisamente por un rey, Tared, que no las poseía”, *Caballero, escudero, peón*, art. cit., pág. 125.

<sup>41</sup> Incluyendo los políticos, que podían reflejar las oposiciones que en la realidad de la corte a la que el *romance* se dirige se estaban produciendo entre diversos infantes; nótese que, en un principio, Zifar le pide a Roboán que le sea obediente a su hermano: “«fijo», dixo el rey, «dizeslo muy bien e çierto só que si lo conplieres, que Roboán sienpre te será mandado e punará en acresçer tu onra», para, en cuanto se entera de sus propósitos de marcharse, afirmar lo contrario: “«Roboán, ¡por amor de Dios!, que vós non querades partir d'esta tierra do fizo Dios grant merçed a mí e a vós; ca andando por tierras estrañas pasa onbre muchos trabajos e muchos peligros, e aquí avedes vida folgada e todo se fará e se ordenará en el regno así como vós mandardes»”, ed. JML, 313-314; ed. CG, 258-259. Amén del dolor paterno, esta contradicción sólo tiene sentido en función de unas circunstancias reales.

«E reina, dezirvoslo he en qué lo entiendo: porque Roboán, que es el menor, que así paró mientes en las cosas e en los castigos que les yo dava e así los guardó en el arca del su corazón, que se non pudo detener que non pediese merçed que le feziere algo e que le diese trezientos cavalleros con que fuese provar el mundo e ganar onra, ca el corazón le dava que ganaría onra así como nós, con la meçed de Dios o por aventura mayor», ed. JML, 474; ed. CG, 351.

Esas dos ideas —«probar el mundo» y «ganar honra»— se convierten en los móviles de la nueva caballería que simboliza Roboán y que nada tiene de mundanal, sino todo lo contrario, como se pone en seguida de manifiesto en la partida del reino; al segundogénito, acompaña un escogido contingente de trescientos cavalleros <sup>42</sup>, ajenos a cualquier vicio y ociosidad, atentos sólo al continuo adiestramiento militar; así, según van avanzando por «çibdades e villas» todos intentan detenerlos con muestras de alegría:

pero que los cavalleros mançebos que con él ivan, non querían estar de vagar, ca los unos lançavan e los otros bofordavan, e los otros andavan por el campo a escudo e a lança faziendo sus demandas, ed. JML, 478; ed. CG, 354.

El *Zifar*, en buena medida, se amplifica para ofrecer estos nuevos modelos de regulación caballeresca a ese otro público instalado en la segunda y tercera décadas del s. XIV; estos «cavalleros mançebos» son consecuencia directa de la «cortesía nobiliaria», instaurada en Mentón una vez que Zifar lograra recuperar su dimensión linajística. Lo que no sucede en la realidad social, tiene que ocurrir en el interior del texto; los fenómenos que obligan a ampliar la estructura temática del *romance* no son otros que las continuas revueltas aristocráticas y los enfrentamientos por el poder; mientras la nobleza fragua alianzas y traiciones y, sobre todo, mientras los infantes e hijos de infantes se disputan tutorías y oficios, Roboán da cumplido ejemplo del modo en que un hijo de rey puede mantener unas virtudes caballerescas, inherentes a su linaje, sin comprometer la honra del ámbito en que se ha formado. En la descripción que del segundogénito se acuña hay claros principios molinistas, pero, a la

---

<sup>42</sup> Cifra épica de clara implicación simbólica, ver EDMUND DE CHASCA, *El número*, en *El arte juglaresco en el «Cantar de mio Cid»* [1967], Madrid, Gredos, 1972, págs. 237-269, y Alberto Montaner, *El Cid: mito y símbolo*, en *Boletín del Museo e Instituto «Camón Aznar»*, 27 (1987), págs. 121-340, págs. 292-312.



vez, asoman nuevos conceptos con los que se entrama el marco de convivencia del que surge Alfonso XI:

E el que mejor fazía todo esto entr'ellos todos era el infante Roboán cuando lo començava; ca éste era el mejor acostunbrado cavallero mançebo que ome en el mundo sopiese, ca él era mucho apuesto en sí e de muy buen donario, e de muy buena palabra e de buen resçebir, e jugador de tablas e de axadrez, e muy buen caçador de toda ave mejor que otro onbre e dezidor de buenos retraires, de guisa que, cuando iva por el camino, todos avían sabor de lo aconpañar por oír lo que dezía, partidior de su aver muy francamente allí do convenía e verdadero en su palabra, sabidor en los fechos de dar buen consejo cuando gelo demandavan non atreviendo mucho en su seso cuando consejo de otro oviese mester, e buen cavallero de sus armas con esfuerço e non con atrevimiento, e onrador de dueñas e de donzellas, ed. JML, 478; ed. CG, 354.

Esta novedosa configuración caracterológica amplía los dos núcleos semánticos con que Zifar se había referido a su hijo: a) el de “buenas costumbres” (y se tratará de una «cortesía» que dependerá del correcto uso de la «palabra» en una serie de manifestaciones, consideradas como verdaderas pruebas) y b) el de “caballerías” (en una línea de acción de la que ya ha sido eliminado el defecto del «atrevimiento» mediante la incursión en el lago solfáreo y que se asienta en la cualidad opuesta, el «esfuerço»).

Toda la trama episódica de la *Estoria del infante Roboán*<sup>43</sup> se construye para verificar esa doble condición que define la identidad caballeresca del héroe; «probar el mundo» le va a exigir atravesar cuatro espacios diferentes, en los que habrá de enfrentarse a pruebas que pondrán de manifiesto cómo, en primer lugar, se deben mantener las «buenas costumbres» y de qué modo, en segundo orden, ha de usarse el «esfuerço» con las armas. Por el valor que se concede ahora a la palabra, Roboán difiere del modelo (moral y político) del que había surgido su padre; recuérdese que Zifar, en ningún caso,

<sup>43</sup> Coviene este título, porque tal es la manera con que el recitador designa a esta parte del *romance*, a cuento de resumir el desenlace cuando procede a describir el imperio de Trigrida: “e de la otra parte, con Asia la Mayor contra oriente, do se fallan los çafires finos, así como adelante oiredes en la *Estoria del infante Roboán*, cuando fue señor d’este inperio por sus buenas costunbres e porque-l’ quiso Dios por la su bondat guiar”, ed. JML, 549; ed. CG, 401 (y nótese, de paso, la integración de los mismos conceptos, como premisas necesarias para encauzar la acción caballeresca: las «buenas costumbres» han de ser guía de la «bondat» de los hechos de armas).

hubo de requerir atributos de cortesía ajenos al «seso natural» y al «entendimiento» con que había sido creado <sup>44</sup>. Aunque Roboán es, también, hechura de ese ámbito doctinal, otra es ya su conducta y otros los modos de expandirla.

### 5.2. Pandulfa: la oposición de la «mesura» y de la «soberbia»

El reino de Pandulfa es el primero de los marcos cortesanos a que llega; en él se van a enfrentar la «mesura» y la «soberbia». Bastaría con el primero de los diálogos que cruzan la infanta Seringa y Roboán para percibir otro público, dotado ya de la capacidad de apreciar los juegos de sentido y los dobles significados que se esconden en las rápidas y cortas frases con que se dibujan estos nuevos perfiles de cortesía:

E ella le preguntó: «Amigo, ¿sodes cavallero?» «Señora», dixo él, «sí». «E ¿sodes fijo de rey?», dixo ella. «Sí», dixo él, «¡loado sea Dios que lo tovo por bien!». «E ¿sodes casado?», dixo la infante. «Çertas, non», dixo Roboán. «E ¿de cuál tierra sodes?», dixo ella. «Del regno de Mentón», dixo él, «si lo oístes dezir». «Sí lo of dezir», dixo ella, «pero creo que sea muy lexos de aquí». «Çertas, señora», dixo Roboán, «bien ay de aquí allá çiento e treinta jornadas, pocas más o pocas menos». «Mucho avedes lazado», dixo la infante. «Non es lazerio», dixo él, «ninguno al onbre que anda por do quiere a su voluntad». «E ¿cómo?», dixo la infante, «¿por vuestro talante vós venistes aquí a esta tierra, ca non por cosas que oviédeses mester nin de recabdir?» «Por mio talante», dixo el infante Roboán, «vine yo a esta tierra e recabdaré lo que Dios quisiere e non ál», ed. JML. 480; ed. CG, 355.

Bien claro deja este caballero que el único designio que guía su vida es el de «andar a su voluntad», para dar cumplimiento a unas cualidades que no se van a ver cambiadas, pero sí ratificadas en sus aspectos esenciales. Roboán no está siguiendo un camino de perfección, sino de confirmación. Por ello, en este ámbito cortesano deberá mantener una disputa dialéctica con la dueña Gallarda y medir su esfuerzo contra el rey Grimalet, personaje que propiciará

<sup>44</sup> Eran otras las intenciones a que obedecía su figura: "Mientras que Zifar llega a sus destinos a pie, debido a la «desventura» que lo acompaña (e incluso como *sandio* a las puertas de Mentón), lo que hace posible que sea en un caso tomado por un *rapaz*. Roboán parte del reino de su padre con trescientos caballeros [...] por lo que es recibido con todos los honores que su rango merece por los señores de las tierras a las que llega", J.M. LUCIA, *Caballero, escudero, peón*, art. cit., pág. 120.

una nueva incursión en el pecado de la soberbia y que permitirá sugerir las correcciones necesarias para evitarlo. Las dos pruebas —la de Gallarda y la de Grimalet— poseen similar trascendencia; cuando, con su palabra, vence a la dueña, la corte recupera una «mesura» que ha estado a punto de quebrarse, ya que Gallarda había hecho pública su intención de enojar con razones al caballero recién llegado:

«E prométovos, señora, que si comigo fabla, que lo yo proeve en razonando con él, deziéndole algunas palabras de algunt poco de enojo, e veré si dirá con saña alguna palabra errada», ed. JML, 482; ed. CG, 357.

Si Gallarda hubiera podido mover esa «saña» en el interior del caballero, la armazón de las «buenas costumbres» de este infante se hubiera desmoronado y con ello los resortes de su esfuerzo militar. Por supuesto, no lo consigue; antes al contrario, es ella la que resulta dañada mediante una deliciosa pirueta verbal con la que Roboán la envuelve, recuperándola —y ello es importante, porque se trata de una faceta más del auxilio que debe prestar a dueñas y doncellas— para la armonía social que logra preservar; la propia Gallarda lo reconoce:

«Señor», dixo la dueña, «yo non podría gradesçer a Dios cuánta merçed me fizo oy en este día nin podría vos servir la mesura que vós en mí quesistes mostrar en me querer castigar e dotrinar, ca nunca fallé onbre que tanta merçed me feziese en esta razón como vós. E bien creed que de aquí adelante que seré castigada [...] ca el mucho fablar non puede ser sin yerro. E vós veredes que vos daré yo a entender que fezistes en mí una buena diçípula e que ove sabor de aprender todo lo que dixistes», ed. JML, 491-492; ed. CG, 361-362.

Roboán queda tan contento como si hubiera vencido en el más dificultoso paso de armas, ya que se da cuenta de que ha expulsado de la corte de la infanta Seringa ese peligro que comporta el «mal hablar» o el «mal dezir»:

«Çertas», dixo Roboán, «señora, mucho me plaze de quanto oí e tengo que enpleé bien el mio conosçer [...]» E con esto fue Roboán muy alegre e muy pagado, *Id.*

Roboán ha probado su «saber», el «conocimiento» que deriva de la observancia de las «buenas costumbres» y, poco más o menos, tales serán los pasos que dé para enfrentarse a Grimalet, rey del que se valora la soberbia no sólo en los actos, sino en las palabras:

«Çertas», dixo el infante Roboán, «non es onbre el que buena respuesta non ha, que ante cuido e creo que es diablo lleno de grant sobervia, ca el sobervio nunca sabe bien responder. E yo non cuido que tal rey como éste que vós dezides mucho dure en su onra, ca Dios non sufre los soberbios, ante los quebranta e los abaxa a tierra, así como fará a aqueste rey», ed. JML, 486; ed. CG, 359.

Que no «sabe bien responder» es lo que se pondrá, de inmediato, de manifiesto, cuando Roboán le envíe al Caballero Amigo para que rectifique y corrija por sí mismo las demasías cometidas, sin mucho éxito a tenor de la enojada (aunque cómica) descripción que de este rey ofrece quien antes era ribaldo y ahora debe actuar como mensajero forzado:

«Señor, si non que sería mal mandadero, callarme ya e yo non vos diría la repuesta que me dio el rey de Grimalet, ca, ¡sí Dios me vala!, del día en que nascí nunca vi un rey tan desmesurado nin de tan mala parte, nin que tan mal oyese mandaderos de otro rey nin que tan mala repuesta les diese nin tan soberviamente», ed. JML, 495; ed. CG, 364.

Sólo cuando fracasa la «palabra» puede desplegarse el «esfuerzo» caballeresco. Esta es otra de las lecciones del modelo de comportamiento que se verifica en esta *estoria*. La defensa de la ciudad es exitosa y las tácticas que emplea el infante son muy similares a las que Zifar usara en Galapia. Esta circunstancia es notable, puesto que la «cavallería mançeba» que representa el hijo mantiene intactas las virtudes militares del padre, aunque, eso sí, las proyecte en un nuevo marco de convivencia curial.

El desenlace de la guerra es rápido y no interesan tanto los episodios bélicos como los intrincados procedimientos para alcanzar la paz. Una vez más, esta caballería nobiliaria, afirmada en los presupuestos del molinismo, ha corregido las desviaciones de un determinado poder regalista; por ello, será capaz de interferir los planes del rey de Brez (suegro del anterior) de intervenir en la contienda; este monarca y su canciller juzgarán atentamente los móviles por los que se guía Roboán y decidirán mantenerse apartados de la guerra <sup>45</sup>. Como se ha apuntado, Roboán deberá mostrar

---

<sup>45</sup> Así señala el obispo: "que non tiene cosa en esta tierra de que se duela, e non dubdará de se meter a todos los fechos en que piense ganar prez e onra, de cavallería"; este modelo de acción caballeresca que sigue Roboán es considerado por la realeza con prevención: "E

su pericia diplomática en los tratados que firman Seringa y Grimalet, desmontando ante los argumentos falaces con que los mensajeros del rey pretendían justificar unas acciones de soberbia, que si han ocurrido en el interior del libro es porque están sucediendo también en el marco en el que se encuentran los receptores:

«Señor [...] estas cosas que vós dezides non se guardan entre los reys, mas el que menos puede, lazra, e el que más, lieva más». «A eso», dixo el infante, «entre los malos reys non se guardan estas cosas, que entre los buenos todas se guardan muy bien, que non faría mal uno a otro por ninguna manera, a menos de mostrar si avía alguna querella d'él que gela emendase, e si non gela quisiese emendar, enbiarlo a desafiar, así como es costunbre de fijosdalgo. E si de otra guissa lo faze, puédelo reptar e dezirle mal por todas las cortes de los reys», ed. JML, 516-517; ed. CG, 380.

Este es el modelo de conducta política que se está predicando en esta obra, en la que continuamente son valorados los actos de los reyes y sometidos al juicio de la medida caballeresca. Quizá, por ello, en esta *estoria* dedicada al infante Roboán haya tan pocos encuentros de armas; tanto es así, que algunos de ellos son confiados a la palabra de los propios personajes, que articulan de este modo verdaderos relatos interiores; el esfuerzo de Roboán no lo encarece el recitador, sino el hijo de Grimalet, que apunta maneras distintas a las del padre; a él corresponde contar cómo ha peleado el infante, como contribución necesaria al proceso de enamoramiento que está sufriendo Seringa; ante tales elogios Roboán no desaprovecha la ocasión para ratificar los rasgos esenciales de su conducta:

«Dexemos estar estas nuevas», dixo el infante Roboán, «que si yo tan buen cavallero fuese como vós dezides, mucho lo agradecería yo a Dios». E çertas, con estas palabras que dezían, mucho plazía a la infanta Seringa, e bien dava a entender que grand plazer resçebía, ed. JML, 520; ed. CG, 383.

Esta será la última de las pruebas a que se enfrente Roboán en Pandulfa; tendrá que vencer la tentación de casarse con Seringa y de instalarse en un reino, que le ofrecen primero el conde Rubén y, ante

---

este infante tantos fechos querrá acometer fasta que en alguno avrá de caer e de pereçer”, anunciándose así el episodio de las Ínsulas Dotadas. Ambos se deciden por la prudencia: “que, pues que en paz estamos, non devemos buscar baraja con ninguno e tengo por bien que cumplamos el su ruego, que nós non fezimos mal ninguno en el regno de Pandulfa nin tenemos d'ella nada por que le ayamos de fazer hemienda ninguna”, ed. JML, 514-515; ed. CG, 378-379.

su negativa, la propia infanta, vencida la vergüenza de descubrir su amor por él. Si aceptara, Roboán igualaría así la dignidad alcanzada por el padre; sin embargo, no ha terminado de «probar el mundo», no ha ganado aún la «honra» suficiente que sus cualidades caballerescas le exigen; aun reconociendo su amor, no tiene más remedio que marcharse, fijando eso sí un plazo para poder atender a los requerimientos de Seringa:

«Pero quiero que sepades de mí atanto, que del día en que nascí fasta el día de oy, nunca sope amor de muger a par de conbusco; ca una sodes de las señoras del mundo que yo más amo e más presçio e quiero en mi coraçón, por la grant bondat e el grant entendimiento e la grant mesura e el grant sosiego que en vós es e, comoquier que me agora quiero ir, pídovos por merçed que me querades atender un año, salvo ende si falláredes vuestra onra muy grande con que el vuestro coraçón sea muy entregado», ed. JML, 530; ed. CG, 389.

No un año, sino tres le ofrece Seringa, cifra que se ajusta a los espacios que el infante aún debe atravesar, probando esa doble dimensión de su conducta caballerisca.

### 5.3. Turbia: el engaño caballeresco

Tal es lo que ocurre en el condado de Turbia<sup>46</sup>. Como si de un «exemplo» juanmanuelino se tratara<sup>47</sup>, Roboán tendrá que probar su «entendimiento» ante el engaño con que el conde quiere comprometer su ayuda militar para librarse de unos vasallos, sometidos a sus arbitrarias injusticias:

pero que este conde non se segurava en la su gente, porque lo querían muy mal e non sin razón, ca él los avía desaforado en muchas guisas: a los unos despechando e a los otros matando sin ser oídos, e a los otros desterrando, en guisa que non avía ninguno en todo el su señorío en quien non tanxiese este mal e estos desafueros que el conde avía fecho, ed. JML, 532; ed. CG, 391.

<sup>46</sup> Ver GRACIELA ROSSAROLI DE BREVEDAN, *La aventura de Roboán en el condado de Turbia*, en *Studia Hispanica Medievalia II. Actas de las III Jornadas Internacionales de Literatura Española Medieval*, eds. ROSA E. PENNA y MARÍA A. ROSAROSSA, Buenos Aires, 1990, págs. 49-57.

<sup>47</sup> Y es que don Juan Manuel es el producto más logrado de la ideología molinista y quien mejor define lo que representa este modelo de convivencia; ver *Capítulo VI: Don Juan Manuel: La cortesía nobiliaria*, en *Historia de la prosa medieval castellana I*, ob. cit., págs. 1093-1204.

La situación a que se enfrenta Roboán es grave; el conde lo ha recibido con alegría y acusa a esos vasallos de causarle «muy grant tuerto»; sin embargo, el infante se deja guiar por la prudencia, antes de ejecutar cualquier acción de armas; esa averiguación de la verdad se convierte en uno de los principios esenciales de este modelo caballeresco; el conde confiesa, entonces, sus desafueros y Roboán señala la inutilidad que hubiera tenido su esfuerzo militar:

«¡Par Dios, conde!», dixo el infante, «si así pasase esto como vós dezides, fuera muy grant mal ca non sería así si non fazer un mal sobre otro a quien non lo meresçe. E aviéndoles vós fecho tantos males e tantos desafueros como vós dezides e en lugar de vos arrepentir del mal que les feziérades e demandarles perdón, tenedes por guisado de les fazer aún mayor mal. Çertas, si en campo oviéramos entrado con ellos sobre tal razón, ellos fincaran bien andantes e nós mal andantes e con grant derecho», ed. JML, 534-535; ed. CG, 392.

No es la fuerza de las armas la que aquí se necesita, sino el valor de la palabra. Roboán, como luego hará Patronio, despliega un «exemplo» ante este atribulado conde para que él, por sí mismo, pueda asumir la lección con que corrija sus acciones desviadas:

«Pues, señor», dixo el conde, «¿qué es lo que y puedo fazer? Pídivos por merçed que me consejedes, ca esta mi vida non es vida, ante me es par de muerte». «Yo vos lo diré», dixo el infante, «conviene vos que fagades en este vuestro fecho como fizo un rey por consejo de su muger la reina, que cayó en tal caso e en tal yerro como éste». «¿E cómo fue eso?», dixo el conde. «Yo vos lo diré», dixo el infante, ed. JML, 535; ed. CG, 392.

Roboán, desde su «cortesía nobiliaria», endereza la conducta de este noble como sólo podía hacerlo; lo arrastra al interior de una unidad narrativa para que en ella encuentre la « semejanza » de lo que a él le ocurre. Sólo después, y siempre es en segundo orden, cumple el esfuerzo de las armas. Así, cuando el conde pide perdón a sus súbditos y ellos se muestran desconfiados ante tan repentino arrepentimiento, Roboán exhibe un poder que lo sitúa por encima de la condición estamental del conde:

«Señor», dixo un onbre bueno d'ellos, «muy de buena mente lo faríamos si non que tenemos que nos trae con engaño para nos fazer más mal andantes». «Non lo creades vós», dixo el infante, «ca ante vos lo jurará sobre los Santos Evangelios e vos fará omenaje e vos asegurará ante mí. E si vos d'ello fallesçiere, yo vos lo prometo que seré conbusco contra él», ed. JML, 541; ed. CG, 396.



Plate 66. (right)  
The Bold Knight  
encounters the Lady  
of the Lake.  
*Cavallero Cifar*,  
folio 86v.

Plate 67. (below)  
The Lady of the Lake  
changed into a demon.  
*Cavallero Cifar*,  
folio 91v.



- a) El Caballero Audaz enfrenta a la Dama del Lago. *Cavallero Cifar*, folio 86 v.  
b) La Dama del Lago metamorfoseada en Demonio. *Cavallero Cifar*, folio 91 v.





#### 5.4. *Trigrida: las intrigas cortesanas*

Devuelta la armonía a la corte de Pandulfa y asegurada la justicia en el dominio de Turbia, Roboán accede al tercero de los espacios, el imperio de Trigrida, en donde le aguarda una nueva investidura caballeresca y, en consecuencia, el acceso a una segunda naturaleza, que le enfrentará a situaciones y a pruebas diferentes de las que hasta entonces había resuelto. La prolijidad con que ahora se describe la ceremonia con que el emperador le entrega los atributos de su nueva identidad ha de requerir, en consecuencia, el público adecuado que sepa valorar tales matices y símbolos. Roboán, instalado en la corte imperial, sigue dependiendo del valor de su palabra; actúa ahora como consejero y, en calidad de tal, logra con «ejemplos» evitar que el emperador sea burlado por el físico que anuncia poder curar cualquier enfermedad con tres hierbas mágicas; el espacio cortesano en el que se encuentra queda guardado de la deshonra que hubiera supuesto el triunfo del engaño. Pero, como sucediera en el *Calila* o se planteará después en el *Libro del conde Lucanor*, los falsos privados acechan, con envidia, la confianza con que el emperador destaca a Roboán; de nuevo, es el fondo de las relaciones sociales de la corte el que se pone al descubierto en este *romance* a través de las intrigas que se ciernen sobre el infante:

E levantóse el conde de Lan, que era uno de los consejeros, e dixo: «amigos, non me semeja que otra carrera podemos tomar sinon aquesta que vos agora diré para confonder e astragar a este infante que a esta tierra vino por mal e por desonra de todos nós: vós sabedes bien que el enperador nunca ríe e a quien le pregunta por qué non ríe que luego le manda cortar la cabeça; e este infante aún no es sabidor d'esto e nin lo entiende e, si en alguna manera gelo preguntase, tengo que lo mandaría matar por ello o a lo menos que se perdería con él e, por ende, dezirvos he en cómo lo podemos fazer», ed. JML, 560-561; ed. CG, 407.

El infante será engañado porque su «saber» y su «entendimiento» (con claridad utiliza estos términos el conde de Lan) eran ajenos a la verdad que se escondía detrás de esa «pregunta fatídica», que no conducirá a su muerte, sino posiblemente a algo peor, como señala el propio emperador aunque, a la vez, la prueba pueda suponer la culminación de su demanda caballeresca:

«e llegaremos a la ribera de la mar, e ponervos he en tal logar que por aventura vos será mejor la muerte que la vida o por aventura que será grande pro vuestro e grant onra vuestra, si fuéredes onbre de buen recabdo e lo supierdes muy buen guardar; mas ¡mal pecado!, pocos son aquellos que saben sufrir la buena andaça e caen en mala andaça e súfrenla, maguer non quieren», ed. JML, 562; ed. CG, 408.

### 5.5. *Las Ínsulas Dotadas: el conocimiento de la nobleza*

Accede, así, Roboán al cuarto de los espacios que recorre, las Ínsulas Dotadas, un ámbito maravilloso, de carácter iniciático, sometido a un tiempo mágico, en el que el infante tendrá que demostrar lo que el emperador le había anunciado: si es capaz de guardar lo ganado<sup>48</sup>. No es esta ocasión de analizar la complejidad de este episodio<sup>49</sup>, pero sí de señalar sus funciones en la delimitación del modelo caballeresco que se define en esta tercera *estoria* del libro. Como en veces anteriores, Roboán seguirá dependiendo del valor de la palabra y, por ella, tendrá que demostrar sus virtudes caballerescas; no tendrá ahora que entretenerse en disputas ni servirse de «ejemplos»; la peripecia es más arriesgada que todo eso; unas «donzellas leyentes» probarán el «entendimiento» del

<sup>48</sup> Es una aventura que puede analizarse con este pasaje de la *Partida*<sup>91</sup>: «queremos mostrar segunt dixieron los sabios antiguos e los santos en qué manera la deve el pueblo fazer a su rey, ca segunt ellos dixieron non es menor seso en aver omne sabiduría para guardar la cosa después que es ganada, que en saberla ganar de comienço; ca la ganancia viene las más vezes por ventura, e la guarda se á de fazer sienpre por seso e por maestría», XIII, xxv, 129.

<sup>49</sup> Tan difícil de atrapar en la totalidad de sus significados; ver JUANA TOLEDANO MOLINA, *El elemento maravilloso en las aventuras de Roboán y en la Leyenda del Caballero del Cisne*, en *Actas III Congreso Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, ed. MARÍA ISABEL TORO, Salamanca, 1994, II, págs. 1075-1083; THERESA ANN SEARS, *Further Adventures: El Caballero Zifar and Variations on an Arthurian Theme*, en *Arturus Rex. Acta conventus Lovaniensis 1987*, ed. WILLY VAN HOECKE, GIBERT TOURNOY y WERNER VERBEKE, Lovaina, 1991, II, págs. 204-212; J. M. LUCÍA MEGÍAS, *La descripción del Otro Mundo en el Libro del Cavallero Zifar*, en *Anthropos*, 154-155 (1994), págs. 125-130; CRISTINA GONZÁLEZ, *Tres mujeres desamparadas: Dido, Beatriz y Nobleza*, en *Thesaurus*, 43 (1988), págs. 105-111; MARTA ANA DIZ, *El discurso de la Nobleza en el Cifar y la carta de Dido*, en *Thesaurus*, 35 (1980), págs. 98-109; JAMES F. BURKE, *The Meaning of the Islas Dotadas Episode in the Libro del cavallero Zifar*, en *Hispanic Review*, 38 (1970), págs. 56-68 y *The New Eden*, en *History and Vision*, ob. cit., págs. 115-138; y ROGER M. WALKER, (iv) *The Supernatural Episodes*, en *Tradition and Technique in «El libro del Cavallero Zifar»*, Londres, Támesis, 1974, págs. 87-97.

infante, trasladándolo al interior a la *Estoria de don Yván*; en ella, se cifra el linaje de la emperatriz Nobleza, pero a la vez se albergan las claves del dominio en el que Roboán ha penetrado. La escena es una prodigiosa metáfora sobre el valor que se debe conceder a la audición de estas *estorias*, de modo que los receptores que se encuentran fuera del texto pueden observar las reacciones del infante y aprender a descifrar, como él lo hace, lo que se está leyendo ante ellos. En todo caso, a Roboán se le indica que ha llegado a la última etapa de su viaje, puesto que se le va a entregar la mayor «honra» de todas:

«Señor», dixieron las donzellas, «vuestra buena ventura fue que anda conbusco guardándovos e enderesçando e guiando la vuestra fazienda de bien en mejor e Nuestro Señor Dios, al que vós tomastes por guiador quando vos despedistes del rey, vuestro padre, e de la reina, vuestra madre, vos quiso endereçar e guiar a este logar donde avedes de ser señor e darvos por compañera a la enperatriz, que es muy rica e muy poderosa, e la más fermosa e la más acostumbrada dueña que en el mundo nasció. E comoquier que su madre fue una de las más fermosas del mundo, mucho más es ésta su fija», ed. JML, 565-566; ed. CG, 412.

Roboán, por la escrupulosa observancia de las «buenas costumbres» que guiaban su «caballería nobiliaria», alcanza el máximo grado de la «nobleza», penetra en el último reducto de esa dimensión moral y espiritual, y ello no se hace sin correr unos riesgos. La emperatriz Nobleza sintetiza todas las virtudes a que el caballero podía aspirar como consecuencia de ese periplo de pruebas y de aventuras:

«E ¿cómo ha nonbre esta vuestra señora?». «Señor», dixieron ellas, «Nobleza». «E ¿por qué le dizen así?», dixo él. «Porque su padre le puso nonbre así e con grant derecho ca ésta es la mejor acostunbrada dueña de todo el mundo, ca nobleza non puede ser sin buenas costunbres», ed. JML, 567; ed. CG, 413.

Las situaciones son rápidas: la recepción en la corte, el matrimonio con la emperatriz, la coronación y el cumplimiento de su destino caballeresco, como señala Nobleza:

«¡Biva este mio señor e acreçiente Dios en la su onra e en los sus días, e dure en el inperio, guardando a cada uno en justiçia e non menguando en el serviçio de Dios!», ed. JML, 568; ed. CG, 414.

Y, sin embargo, el único enemigo que le queda a Roboán acabará destruyéndolo. Ya no tiene que ganar nada, sino guardar lo ganado, y así no va a saber vencer la tentación de los tres objetos prodigiosos cuya existencia el demonio, en tres apariciones bajo forma de una doncella que aumenta de hermosura, le va a revelar: Se trata de tres animales —un alano, un azor, un caballo— conectados con el mundo de la caza y, por ello, con la dimensión del «plazer» caballeresco. Esa es la paradójica circunstancia de que quiere avisar la *estoria* de Roboán: este infante que había huido de Mentón por no caer en la «vida folgada» que hubiera supuesto la destrucción de su ser, cuando alcanza la dignidad de emperador no va a ser capaz de guardarse de sí mismo, como señala el recitador:

E d'esta guisa bivió el enperador en aquel inperio doze meses menos tres días, que non le menguava ninguna cosa de cuantas demandava e cubdiçia va que luego non le fuesen puestas delante. Mas el diablo, que non finca de engañar al onbre en cuanto puede e le sacar de carrera por le fazer perder el bien e la onra en que está e de le fazer perder el alma, que es la mayor pérdida que el onbre puede fazer, faziendo cobdiçiar vanidat e nada e mostrándose en figura de onra e de plazer, non quiso que cunpliese allí el año el enperador, que si lo cunpliera, non perdiera el inperio así como lo perdió. E conestesió d'esta guisa, ed. JML, 570; ed. CG, 415.

La ejemplaridad que debe desprenderse del episodio obliga al recitador a adelantar el desenlace y a prevenir a los oyentes sobre lo que va a ocurrir, para que ellos mismos sean capaces de advertir las arterias de que ese diablo se va a valer para destruir, progresivamente, la conciencia caballeresca de Roboán, que no se detiene ni siquiera ante los «exemplos» con que Nobleza le avisa de lo que va a perder y le muestra el engaño en que está cayendo:

«Mas, señor», dixo ella, «non querría que fincásedes engañado en estas pletesías ca, a las vegadas, el que cuida engañar a otro finca engañado<sup>50</sup>; pero non dexedes de demandar lo que quisierdes, que sed bien çierto que nunca vos será dicho de non [...] mas sabe Dios que querría que fuésedes bien

<sup>50</sup> Son las mismas palabras que *Seringa* le había dirigido a la dueña Gallarda cuando esta había anunciado su propósito de «probar el entendimiento» del infante: ««dueña» dixo la infante, «ruégovos que non vos atrevades atanto en el vuestro buen dezir nin querades así provar los onbres nin los querades afinçar más de quanto devedes; ca por aventura cuidaredes provar e provarvos han o, por aventura, querredes burlar e burlarvos han»», ed. JML, 483; ed. CG, 357.

guardado en todo e que en vós nin en el vuestro entendimiento non cayese mengua ninguna. E pues en vuestro poder só e me tenedes en las manos, guardatme bien e non me tiredes la mano de mí e non querades perder, ca yo guardarvos he bien e tenervos he verdat e lealtad ca, si una vegada me perdedes e vos salgo de las vuestras manos, creedme que me nunca avedes a cobrar, así como dixo la verdat al agua e al viento». «E ¿cómo fue eso?», dixo el enperador, ed. JML, 576; ed. CG, 419.

De nada le sirve, puesto que la inactividad es la que le empuja, progresivamente, a adentrarse en el «plazer» que representa la caza. Roboán que había logrado derrotar a la soberbia, en sus diversas manifestaciones, será presa fácil del segundo pecado caballeresco por excelencia, la codicia:

E el mezquino non sopo guardar el bien e la onra en que estaba, por codiçia de cosas que le eran a él muy escusadas si él quesiera. E por ende, dizen que \_ quien non cata adelante, caese atrás\_. E éste, comoquier que era mucho entendido en todas sus cosas e mucho aperçebido e de grant coraçón, non sopo guardarse de los engaños e de las maestrías del diablo, que se trabaja sienpre de engañar los onbres para los fazer perder las almas e la onra d'este mundo, ed. JML, 593; ed. CG, 429.

Con todo, la prueba ha ocurrido en un espacio mágico. Roboán regresa al imperio de Trigrida curado ya de las demasías del «plazer caballeresco» y, por ello, capacitado para convertirse en heredero del emperador, como par que había sido de sus desventuras<sup>51</sup>, a las que va a deber, no obstante, alcanzar la maduración (moral y doctrinal: sigue prevaleciendo el ámbito molinista) que le permitirá ya *regir con acierto un imperio que nadie le va a arrebatar de las manos*. Vuelto a la realidad, podrá ya guardar lo ganado y enfrentarse a

---

<sup>51</sup> «Ca por ý pasé yo por do vos pasestes; ca yo fui el primero que ove aquel plazer, e perdílo por mi mal recabdo así como vós fezistes», ed. JML, 595; ed. CG, 430. Aún podrán recuperar la dimensión de la risa, al penetrar juntos en un vergel donde se les aparece envuelta en feas burlas, la doncella que les había engañado; recuérdese al abuelo de Zifar que muere riendo; con acierto concluye Ma. Jesús Lacarra la comparación de estos dos episodios: "con la imagen de la doncella diabólica riendo parece ponerse punto final a la maldición [...] Una vez asumida la culpa y extraída por parte de Roboán la enseñanza de su experiencia pasada, a modo de *exemplum* vivido, desaparece definitivamente la enigmática incapacidad para reír. La risa profética del abuelo tendrá su más exacto cumplimiento en las últimas páginas del libro en las que Roboán, gobernando con bondad y justicia un imperio idílico regado por las aguas del río Tigris parece aproximarse al utópico reinado del preste Juan de las Indias", pág. 77.

aquellos insidiosos cortesanos que se han convertido ahora en vasallos rebeldes y que han incitado a dos reyes a levantarse en armas contra el emperador. Se trata de una guerra que Roboán gana gracias al pendón maravilloso que había traído de su incursión en el Otro Mundo; cuando está a punto de derrotarlo el rey de Safira, eleva sus preces al cielo y la voz de Dios le sumerge, de nuevo, en la Nobleza que había conocido:

«Roboán, amigo de Dios, non desanpares; ca Dios es contigo. E bien sabes que el rey de Mentón, tu padre, nunca desanparó de la merçed de Dios por ningunt embargo que-l' aveniese e ayudólo Dios en todos sus fechos; por ende, esfuerçate en la su merçed e el poder de Dios, ca Él será contigo e te ayudará. E vengásete emiente del pendón que te dio la enperatriz, fija de la Señora del Paresçer, que fezieron las siete donzellas santas, e sácalo e ponlo en una asta muy luenga, e çierto séy que luego que lo vean tus enemigos, se te dexarán vençer e los prenderás todos», ed. JML, 615; ed. CG, 444.

Aún debe impartir justicia, como última situación en la que tendrá que probar las cualidades de sus virtudes caballerescas; en las sentencias que dicta, el valor de la «caballería nobiliaria», que le ha llevado a él al estado que ocupa, sirve de pauta para castigar o perdonar, según las actitudes que los enemigos hayan adoptado; es importante, por ejemplo, que el propio rey de Safira sea capaz de señalar los errores cometidos, apuntando al culpable de la sublevación:

«...non nos sopiemos guardar del mal consejo e, señaladamente, del conde Farán que aquí está, que él fue comienço de todo este mal; ca él e los otros condes que aquí murieron, nos metieron en muy grant miedo e grant sospecha de vós que nos queríades matar, e señaladamente nos dezían que era así porque nos enbiávades mandar que fuésemos amos con poca gente...», ed. JML, 618; ed. CG, 446.

Nuevo aviso para los oyentes de un ámbito cortesano en el que estas situaciones de sospechas y de desconfianzas se van a suceder continuamente<sup>52</sup>. La corte debe recuperar la armonía que garantice la convivencia de todos sus estamentos. Porque este rey —tan contrario al conde Nasón— confiesa públicamente que su tierra sólo pertenece al emperador, es perdonado, encareciéndose así el

<sup>52</sup> Ver mi análisis referido a *La crónica real: «exemplos» y sentencias*, en *Diablotexto*, 3 (1996), págs. 95-124, en concreto págs. 113-118.

modelo de conducta política que, en todo momento, en el libro se ha perseguido:

E todos los del inperio eran muy ledos e muy pagados porque-l' avían por señor a quien los amava verdaderamente e los guardava en sus buenos husos e buenas costumbres, e era muy católico en oír sus oras con devoçión e sin burla ninguna, e en fazer muchas graçias a las eglesias, dotándolas de villas e de castiellos, e guarnesçiéndolas de nobles ordenamientos, segunt que mester era a las eglesias. E entre todos los bienes qu'el enperador avía señaladamente era éste: que fazía grant justiçia comunalmente a todos, e la graçia que fazía nunca iva contra ella nin contra las otras que los enperadores avían fecho, ed. JML, 626-627; ed. CG, 451.

Esto es lo que se ha querido poner de manifiesto con esta amplificación textual: por segunda vez, la dimensión caballeresca (afirmada en esa «nobleza de costumbres» de raíz molinista) se convierte en soporte y en asiento del poder regalista, o imperial como en este caso. En Zifar había resultado determinante la unión de espiritualidad (con el modelo hagiográfico del *Plaçidas*) y caballería; en Roboán, en cambio, los planos de su actuación han sido la «palabra» (disputas, exemplos, consejos, audición de *estorias*) y el «esfuerzo»; por ello, se ha afirmado que cada uno de estos modelos caballerescos se ha dirigido a un contexto cortesano diferente, si no por la ideología, sí por las expectativas de recepción que había que satisfacer.

## 6. CONCLUSIONES

La complejidad de este análisis recomienda recoger, ordenadas, las principales ideas que lo han guiado:

1) El *Zifar* es un libro que se promueve —y que se amplifica en sus sucesivas *estorias*— para analizar las relaciones de los poderes aristocrático y regalista.

2) El *Zifar* es la pieza fundamental de la defensa y difusión del «molinismo». Describe, en consecuencia, un modelo político afirmado en los principios de esa ideología, justo en un período (1295-1325) en que era preciso arrastrar al dominio de la ficción todos estos esquemas de comportamiento.

3) Cada una de las *estorias* que integran el *Zifar* analiza los cambios que se producen en ese modelo de relaciones cortesanas, para sostenerlo ante públicos diversos.



4) En puridad, pueden distinguirse dos modelos caballerescos, no opuestos, sino complementarios; por ello, se repiten las tramas de aventuras en la primera y última de las *estorias*, reflejo cada una de un singular impulso de construcción ideológica.

5) La *estoria* de Zifar y de Grima vincula cortesía nobiliaria y caballería espiritual en torno a tres principios fundamentales: 1) no se debe desesperar de acabar una obra «muy luenga e de trabajo», 2) se debe anteponer a Dios sobre todas las cosas y 3) hay que dejarse guiar por el «seso natural». La perfección caballeresca de Zifar se formula para analizar la vida de la corte y la conducta de los reyes; en cierta manera, los padecimientos que sufre Zifar se corresponden con las dificultades a que el propio «molinismo» se enfrenta, de donde la dimensión religiosa con que se arropa esta ideología, tanto en el orden de la realidad como en el de la ficción.

6) Zifar defiende un «saber caballeresco» no sólo en sus acciones, sino sobre todo en sus palabras, como lo pone de manifiesto el diálogo (senequista) que mantiene con el ribaldo.

7) En el entorno molinista, la caballería ha de ser camino de perfección religiosa, de purificación interior. Se rechaza explícitamente a la nobleza preocupada por el «viçio» de la corte y no por el ejercicio de las armas; tal es la aristocracia que se quiere convertir en soporte del entramado cortesano.

8) Ello demuestra que la primera ficción caballeresca se crea para transmitir unas reglas de conducta, asociada a modelos de comportamiento religioso, con la pretensión de influir en la nobleza: desterrando de ella la soberbia y abatiendo el atrevimiento.

9) El primer modelo caballeresco defiende, entonces, la práctica de las «buenas costumbres», el escrúpulo en el cumplimiento de los principios religiosos y la defensa de la tierra, desde la impartición de la justicia.

10) La *estoria* de Grima y de Roboán plantea una incursión en el concepto de la caballería nobiliaria, ya en el reinado de Fernando IV. Se trata de defender las mismas ideas, pero ante otro público, que encaja en ese término de «cavallería mançeba». Ahora se concede mayor importancia a los «fechos de armas», abriendo un cauce que propicia la aventura y los episodios de corte maravilloso.

11) En esta segunda *estoria*, el componente esencial que se va

a examinar es el de la soberbia, al que se opondrá la virtud de la humildad. La conexión con el presente de la audiencia se formula a través de declaraciones explícitas y referencias directas a problemas reales, que son los que fuerzan la indagación sobre los límites de la «lealtad» y la «traición»; no otro es el objetivo del discurso político con que el rey de Mentón dicta sentencia contra el desafiado poder del conde Nasón.

12) La segunda *estoria* pretende inculcar en la «cavallería mançeba» la necesidad de practicar los «fechos de armas» como único medio de conseguir cualquier promoción social y cortesana. Sólo cumpliendo unas «buenas costumbres» (morales y militares) la caballería puede ser aristocrática.

13) La tercera ampliación del libro explora el modo en que la caballería tiene que afirmar la seguridad de este marco de convivencia y promover una expansión territorial desde la «cortesía nobiliaria» en la que se había asentado el poder regalista.

14) Roboán representa otro modelo caballeresco, pensado para configurar una nueva red de valores en torno a Alfonso XI a lo largo de su minoridad. Esta nueva incursión en el ámbito de la ficción narrativa examina el mismo modelo ideológico, aunque para instigar otros móviles de actuación.

15) La acción caballeresca que mueve Roboán se desarrolla en una doble línea de pruebas cortesanas y de peripecias militares. Las primeras dependen del valor de la palabra, las segundas del esfuerzo.

16) Aunque Roboán decida «probar el mundo» y «ganar honra», la caballería que él refleja no es mundanal, por cuanto predica el ejercicio continuo de las armas y el adiestramiento militar; estas dos facetas son consecuencia de la «cortesía nobiliaria» fraguada por el molinismo.

17) Las pruebas cortesanas que tiene que resolver por su «palabra» deben demostrar el «conocimiento» caballeresco adquirido por la observancia de las «buenas costumbres»; por ello, disputa contra Gallarda, esgrime «exemplos» para enderezar la vida nobiliaria del conde de Turbia y para prevenir contra el engaño al emperador de Trigrida, pero, sobre todo, oye, en las Ínsulas Dotadas, *estorias* similares a aquella en la que su vida se cuenta a otros oyentes, instalados en el marco de la realidad externa.

18) Esta caballería nobiliaria, representativa del ámbito ideológico que ha creado a Zifar, puede corregir las desviaciones del poder regalista; de ahí que Roboán deba demostrar también sus cualidades diplomáticas y junto a él, el caballero Amigo, exhibir unas inusitadas virtudes como mandadero.

19) Es una caballería pensada, a la vez, para triunfar sobre las intrigas cortesanas (imperio de Trigrida) y para descender al interior mismo de la «nobleza» por la que se guía Roboán, con todos los riesgos que ello comporta. La empreatriz Nobleza es la síntesis de las «buenas costumbres»; tras ganarla, Roboán la pierde por su propia inactividad, por esa «vida folgada» que le hace caer en las tentaciones que la diablesa le presenta, conectadas con el ámbito de la codicia caballeresca (de donde la posesión de los tres animales simbólicos).

20) Sin embargo, la prueba era necesaria para superar el peligro del «plazer caballeresco», poder regir el destino del imperio y destruir a los mezquinos cortesanos, cuyas intrigas precisamente surgían de esa «vida folgada» que el infante logra vencer. Por Roboán, el linaje que recuperara el caballero Zifar sabrá «guardar ya lo ganado». O lo que es lo mismo: vueltos al nivel de la realidad histórica: Alfonso XI, en su minoridad, aprenderá a conservar el modelo cultural e ideológico que su abuela construyera en torno a Sancho IV, convirtiendo la dimensión caballeresca en principal asiento de su poder regalista. Por eso, se corona en las Huelgas e instituye la Orden de la Banda.

FERNANDO GÓMEZ REDONDO

Universidad de Alcalá de Henares.